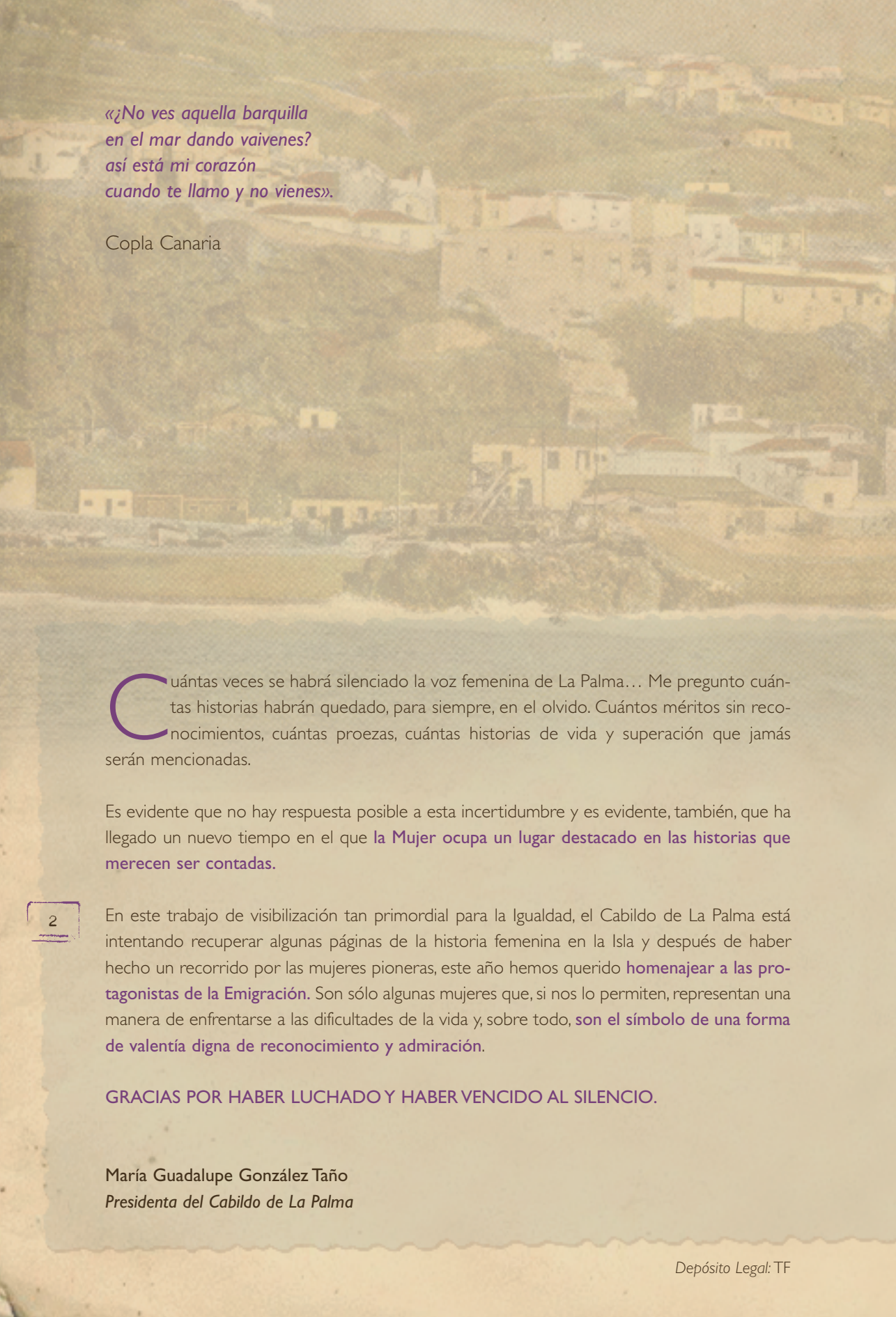


una historia de valentía II

EMIGRACIÓN... en Femenino

Homenaje a las Mujeres Palmeras de la Emigración



«¿No ves aquella barquilla
en el mar dando vaivenes?
así está mi corazón
cuando te llamo y no vienes».

Copla Canaria

Cuántas veces se habrá silenciado la voz femenina de La Palma... Me pregunto cuántas historias habrán quedado, para siempre, en el olvido. Cuántos méritos sin reconocimientos, cuántas proezas, cuántas historias de vida y superación que jamás serán mencionadas.

Es evidente que no hay respuesta posible a esta incertidumbre y es evidente, también, que ha llegado un nuevo tiempo en el que **la Mujer ocupa un lugar destacado en las historias que merecen ser contadas.**

2

En este trabajo de visibilización tan primordial para la Igualdad, el Cabildo de La Palma está intentando recuperar algunas páginas de la historia femenina en la Isla y después de haber hecho un recorrido por las mujeres pioneras, este año hemos querido **homenajear a las protagonistas de la Emigración.** Son sólo algunas mujeres que, si nos lo permiten, representan una manera de enfrentarse a las dificultades de la vida y, sobre todo, **son el símbolo de una forma de valentía digna de reconocimiento y admiración.**

GRACIAS POR HABER LUCHADO Y HABER VENCIDO AL SILENCIO.

María Guadalupe González Taño
Presidenta del Cabildo de La Palma



Misiva. Archivo de Fotografía Histórica de Canarias - FEDAC / Cabildo de Gran Canaria

El pasado año, coincidiendo con la celebración del «Día Internacional de la Mujer», la Consejería de Asuntos Sociales y Sanidad del Cabildo de La Palma editó una publicación para homenajear a algunas mujeres pioneras de la Isla, mujeres de la docencia, la atención asistencial, la política, todas ellas con una virtud en común, **la valentía que les permitió romper con las normas establecidas en una sociedad «de hombres».**

La experiencia de esa publicación puso de manifiesto muchos méritos negados a las mujeres en La Palma y despertó la necesidad de continuar devolviendo a esas mujeres el reconocimiento a sus logros. Por este motivo, en esta edición, hemos decidido poner en valor **el esfuerzo, la lucha y, especialmente, la valentía de las mujeres de La Palma en la Emigración.**

Esta publicación es un homenaje a todas las mujeres de la Isla que vieron partir «*barquillas en la mar*», mujeres que dejaron atrás sus raíces y que encontraron en otra tierra una nueva patria, mujeres que no llegaron nunca a su destino y, de manera especial, mujeres que, en su soledad, lucharon el pan y lloraron el olvido. Para todas ellas **nuestro reconocimiento a su especial valentía** por haber vivido una historia personal difícil que merece toda nuestra admiración.

MUJERES EMIGRANTES, UN PROTAGONISMO SILENCIADO

Dra. Teresa González Pérez
Universidad de La Laguna

La emigración femenina ha sido poco estudiada, salvo contadas excepciones, aunque la presencia de mujeres haya destacado en el fenómeno migratorio. Si bien, ha influido que la **visión de género** ha estado ausente en los análisis, también ha sido determinante el hecho de que respecto a la masculina fuera numéricamente inferior. Registrar globalmente al número de emigrantes sin distinguir el sexo, ha condicionado que, desde el punto de vista cuantitativo, **en buena parte de los casos las mujeres quedaran invisibilizadas por las estadísticas.**

La subestimación del papel de las mujeres ha condicionado los estudios, porque la historia ha sido una construcción masculina que ha ignorado la aportación que realizaron las féminas en los movimientos migratorios. **Canarias es la región histórica española con mayor arraigo de la emigración femenina, pues la emigración de mujeres canarias ha sido una constante en todos los períodos de nuestra historia. Sin embargo, en la actualidad aún es una historia de anónimas, de muchas sin nombre que se expatriaron rumbo a América.**

Las mujeres isleñas en América protagonizaron hechos históricos relevantes y, sin su presencia, no hubiese sido posible la institucionalidad del territorio ni la formación de la comunidad de naciones que surgió posteriormente. Ayudaron en la construcción del nuevo mundo, formaron hogares siguiendo el modelo de familia isleña, base del poblamiento, con lo cual todas las mujeres que marcha-

ron a América son las auténticas fundadoras de los nuevos núcleos poblacionales; sin ellas los hombres no hubiesen podido emprender una empresa de tal magnitud. Las mujeres canarias que se lanzaron a la aventura de la emigración formaron parte del proceso colonizador europeo, fueron protagonistas en los asentamientos y en la construcción de nuevas sociedades americanas.

Ellas constituyeron un elemento clave en las colonias, en el proceso de integración de la nueva sociedad y en la identidad cultural. **Buen número de esas eficaces colaboradoras en las tareas de la empresa indiana, protagonistas de viajes y aventuras en la construcción de pueblos y en la gestación de una nueva sociedad que partieron del Archipiélago Canario, procedían de la isla de La Palma.**



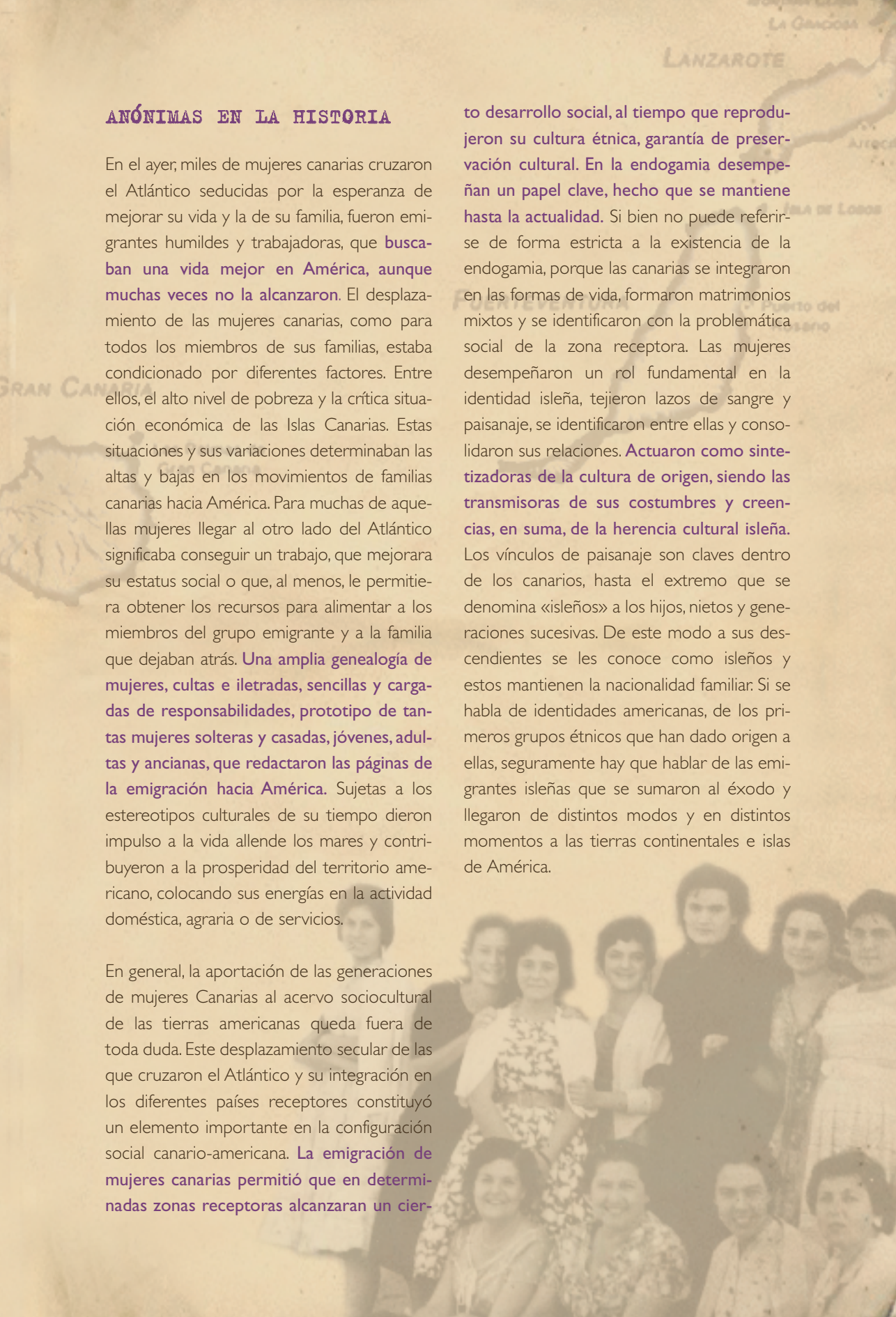
Alberto Cabrera. Tras la ventana (2008) / Grabado Aguafuerte

ANÓNIMAS EN LA HISTORIA

En el ayer, miles de mujeres canarias cruzaron el Atlántico seducidas por la esperanza de mejorar su vida y la de su familia, fueron emigrantes humildes y trabajadoras, que **buscaban una vida mejor en América, aunque muchas veces no la alcanzaron**. El desplazamiento de las mujeres canarias, como para todos los miembros de sus familias, estaba condicionado por diferentes factores. Entre ellos, el alto nivel de pobreza y la crítica situación económica de las Islas Canarias. Estas situaciones y sus variaciones determinaban las altas y bajas en los movimientos de familias canarias hacia América. Para muchas de aquellas mujeres llegar al otro lado del Atlántico significaba conseguir un trabajo, que mejorara su estatus social o que, al menos, le permitiera obtener los recursos para alimentar a los miembros del grupo emigrante y a la familia que dejaban atrás. **Una amplia genealogía de mujeres, cultas e iletradas, sencillas y cargadas de responsabilidades, prototipo de tantas mujeres solteras y casadas, jóvenes, adultas y ancianas, que redactaron las páginas de la emigración hacia América**. Sujetas a los estereotipos culturales de su tiempo dieron impulso a la vida allende los mares y contribuyeron a la prosperidad del territorio americano, colocando sus energías en la actividad doméstica, agraria o de servicios.

En general, la aportación de las generaciones de mujeres Canarias al acervo sociocultural de las tierras americanas queda fuera de toda duda. Este desplazamiento secular de las que cruzaron el Atlántico y su integración en los diferentes países receptores constituyó un elemento importante en la configuración social canario-americana. **La emigración de mujeres canarias permitió que en determinadas zonas receptoras alcanzaran un cier-**

to desarrollo social, al tiempo que reprodujeron su cultura étnica, garantía de preservación cultural. **En la endogamia desempeñan un papel clave, hecho que se mantiene hasta la actualidad**. Si bien no puede referirse de forma estricta a la existencia de la endogamia, porque las canarias se integraron en las formas de vida, formaron matrimonios mixtos y se identificaron con la problemática social de la zona receptora. Las mujeres desempeñaron un rol fundamental en la identidad isleña, tejieron lazos de sangre y paisanaje, se identificaron entre ellas y consolidaron sus relaciones. **Actuaron como sintetizadoras de la cultura de origen, siendo las transmisoras de sus costumbres y creencias, en suma, de la herencia cultural isleña**. Los vínculos de paisanaje son claves dentro de los canarios, hasta el extremo que se denomina «isleños» a los hijos, nietos y generaciones sucesivas. De este modo a sus descendientes se les conoce como isleños y estos mantienen la nacionalidad familiar: Si se habla de identidades americanas, de los primeros grupos étnicos que han dado origen a ellas, seguramente hay que hablar de las emigrantes isleñas que se sumaron al éxodo y llegaron de distintos modos y en distintos momentos a las tierras continentales e islas de América.



LA PRESENCIA DE LAS MUJERES DE LA ISLA DE LA PALMA

La participación de las mujeres palmeras en la emigración fue desde fechas tempranas, por un lado, viajando hacia tierras americanas como colonas y, posteriormente, para buscar una vida mejor. Además, muchas mujeres estuvieron involucradas de forma indirecta en la emigración porque eran las esposas, novias, hijas, madres y hermanas de esa gran masa masculina que marchó a otros territorios. **Nos referimos a esas mujeres que quedaron en la isla de La Palma, la mayoría de las veces desamparadas afrontando complicadas situaciones en la vida cotidiana.**

La intensidad del flujo migratorio estaba en relación con la coyuntura socioeconómica del Archipiélago, pues la estrecha relación entre economía y emigración queda clara al observar que en los periodos de crisis económica se disparaban las salidas. Las crisis de subsistencia que se sucedían en La Palma impulsaron el éxodo; situación genérica que se presentaba en todos los municipios insulares, guardando un equilibrio entre la depresión

económica y la fluidez de emigrantes. El traslado a América provocaba el endeudamiento de la familia, que pedía préstamos o vendía sus propiedades para comprar el pasaje; generalmente, los emigrantes se financiaban el viaje y para ello vendían «sus cortas pertenencias». **La emigración clandestina, es decir, la salida de la población que por diversos motivos no podía acceder al embarque reglamentario, representó en el Archipiélago un éxodo importante. Las mujeres también marcharon ilegalmente, aunque con cifras inferiores a las masculinas.** Las salidas incontroladas fueron una realidad en los siglos XIX y XX; hombres y mujeres viajaban sin registrarse en su municipio de origen, como fórmula para sortear los impedimentos. Las mujeres palmeras, igual que los hombres, emigraron en distintas épocas a diversos lugares del territorio americano, acompañando a la familia o viajando solas. Entre los países donde se establecieron mencionan que algunas lo hicieron preferentemente a Argentina, Uruguay, Cuba, Venezuela, Santo Domingo o Costa Rica.

El proceso migratorio hacia el Caribe se intensificó en el siglo XIX, siendo especta-



cular el éxodo hacia la Gran Antilla, donde se generalizó la política de reagrupamiento familiar, movimiento en el que destacó la notable participación femenina. Para el siglo XIX, según la estadística de emigrantes procedentes de las Islas Canarias, de un total de 23.592 personas, **6.880 eran mujeres** y 16.712 eran hombres. Tales cifras representaban un **29,16% de mujeres frente a un 70,83% de hombres**. En las primeras décadas del siglo XX, asimismo, fue notoria la diáspora isleña con destino a Cuba y, al igual que lo había sido en épocas anteriores, presentaba una serie de características distintivas: el arraigo agrario y la elevada presencia femenina. Entre 1915 y 1920 se embarcó un contingente de 52.805 isleños, el 98% se dirigían a Cuba a las zafras en las plantaciones tabaqueras en los ingenios. Desde el puerto de Santa Cruz de Tenerife partieron 8.549, de Las Palmas salieron 8.634 y **de Santa Cruz de La Palma, 4.049 emigrantes**.

En América, los Canarios se confundieron con los Antillanos en la obra de incrementar la agricultura, ocupación de gente pobre que se valía de su trabajo personal y el de sus

familias, **donde las mujeres desempeñaron una misión relevante aunque invisible**. La explotación familiar dominada por el patriarcado, en la que trabajaban hermanos, parientes o vecinos, también lo era para las mujeres. El guajiro y la guajira se aplicaron en el cultivo del tabaco como vegueros, ellas colaboraban en las tareas de cultivo y recolección, criaban animales de corral, sin descuidar las tareas domésticas y artesanías. Los emigrantes rentabilizaban el trabajo de las mujeres, aunque los hombres invirtieron más fuerza en el trabajo asalariado y en la agricultura comercial, porque ellas se encontraban en el hogar o cerca de éste. Ellos optaron por el desempeño de diversidad de trabajos, mientras ellas se orientaban preferentemente al sector servicios relacionados con las funciones asignadas tradicionalmente a la población femenina. **Con el tiempo algunas mujeres progresaron, incluso tenían propiedades, unas poseían tierras de cultivo y otras eran dueñas de fábricas y chinchales como sucedió en Cuba**.

El perfil cualitativo de las isleñas que emigraron para América revela un alto porcentaje de



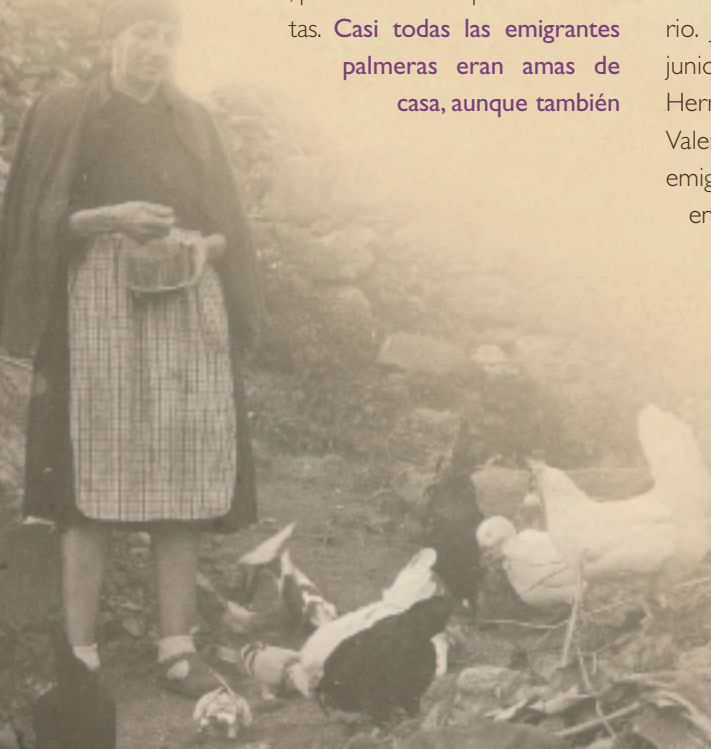
iletradas, la mayoría analfabetas integrales que no sabían ni siquiera firmar. En parte, se trataba de población adulta que nunca asistió a la escuela, que participó poco en ella o estuvo mal escolarizada y, por tanto, tenía un precario nivel de instrucción. Las escuelas de la Isla eran insuficientes y no cubrían la escolaridad, faltaban escuelas en muchas áreas rurales, dejando desamparados a muchos núcleos de las clases populares y, así, las mujeres multiplicaban los índices de analfabetismo. **La infraescolaridad de las isleñas fue un rasgo característico hasta avanzado el siglo XX, una desigualdad que la discriminaba con respecto al sexo masculino por la menor inversión educativa, hecho que se hallaba en relación directa con la desatención de la escuela pública por parte de las autoridades locales y de la administración española.**

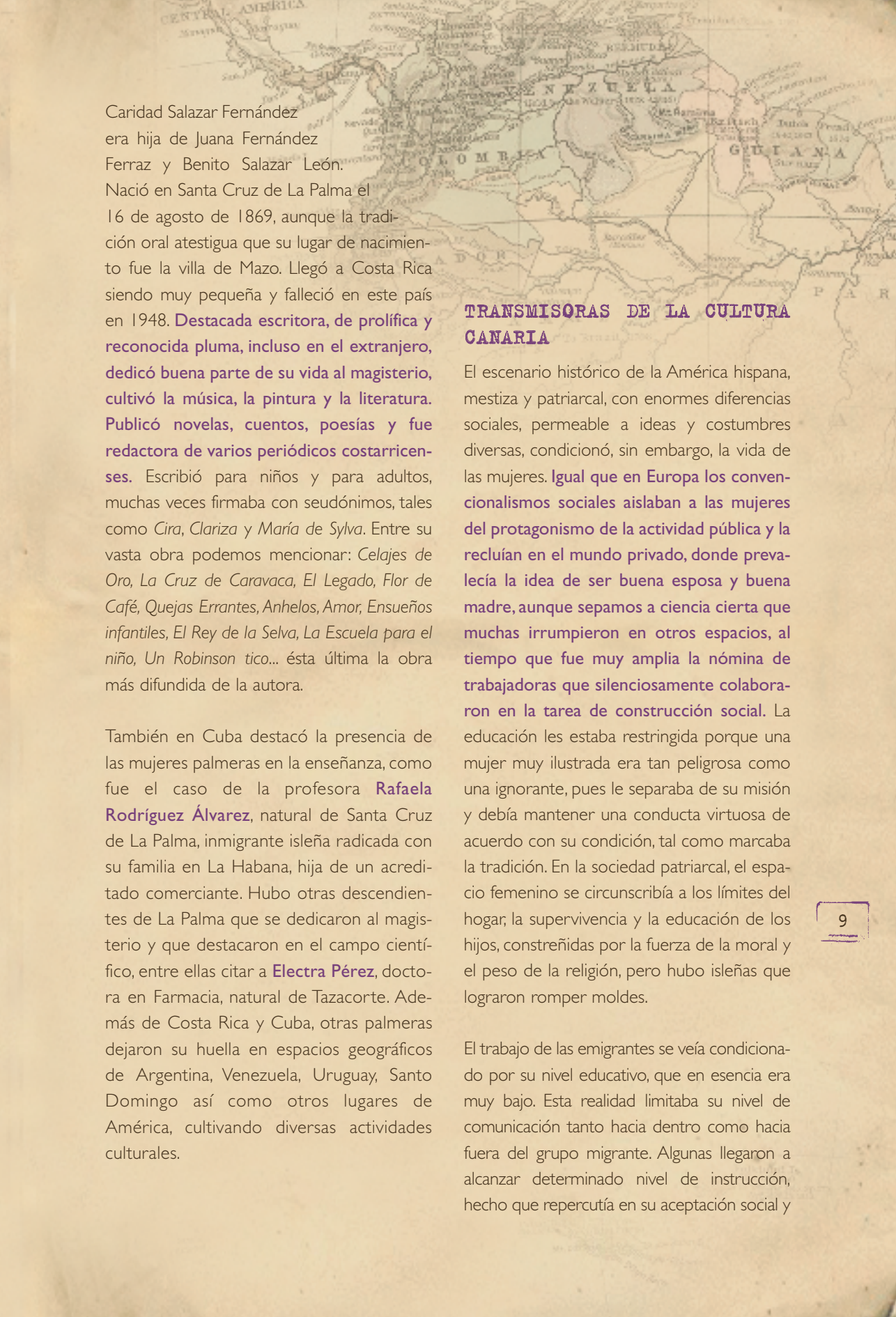
Una amplia nómina de mujeres palmeras se desplazó a territorios americanos, la historia no ha dado cuenta de ellas, porque su aportación fue preferentemente en el mundo doméstico, en el espacio privado del hogar, o en actividades compartidas con los hombres, pero sus tareas quedaron ocultas. **Casi todas las emigrantes palmeras eran amas de casa, aunque también**

viajaron artesanas, comerciantes, vendedoras ambulantes, costureras, lavanderas, planchadoras, tenderas y campesinas. La mayoría era gente inculta y analfabeta, aportaron mano de obra barata, trabajaron en la agricultura, ganadería, el comercio, artesanía, servicios y actividades domésticas, pero también se trasladaron mujeres instruidas y con formación, aunque en pequeña escala. Las palmeras de condición humilde, con tan escasos recursos que apenas contaban con el dinero para adquirir el pasaje y el equipaje, en ocasiones, hasta se endeudaron para pagar la tarifa del billete. En cuanto a los niveles de ocupación, además de las actividades señaladas, muchas mujeres casadas trabajaron junto a sus maridos, se dedicaron al trabajo doméstico y agropecuario, o a la costura, el planchado y el lavado de ropa cuando se quedaron viudas o los maridos no ganaban lo suficiente.

Sin embargo, hubo mujeres cultas que sobresalieron en América por su quehacer; aunque es cierto que constituyeron una minoría selecta. Este fue el caso de **Juana Fernández Ferraz y Caridad Salazar Fernández**, dos intelectuales significadas en el mundo literario. Juana Fernández Ferraz, nació el 4 de junio de 1834 en Santa Cruz de La Palma. Hermana de los escritores y educadores Valeriano, Víctor y Juan Fernández Ferraz, emigró igual que sus hermanos a Costa Rica en 1872 y falleció en este país en 1918.

Mujer culta y de vocación literaria que destacó por sus composiciones poéticas. En 1912 publicó «*El espíritu del río*», novela social, primera de su género que una extranjera publicó en Costa Rica, buena parte de ella argumentada en su isla natal y otra en Brasil.





Caridad Salazar Fernández era hija de Juana Fernández Ferraz y Benito Salazar León. Nació en Santa Cruz de La Palma el 16 de agosto de 1869, aunque la tradición oral atestigua que su lugar de nacimiento fue la villa de Mazo. Llegó a Costa Rica siendo muy pequeña y falleció en este país en 1948. **Destacada escritora, de prolífica y reconocida pluma, incluso en el extranjero, dedicó buena parte de su vida al magisterio, cultivó la música, la pintura y la literatura. Publicó novelas, cuentos, poesías y fue redactora de varios periódicos costarricenses.** Escribió para niños y para adultos, muchas veces firmaba con seudónimos, tales como *Cira*, *Clariza* y *María de Sylva*. Entre su vasta obra podemos mencionar: *Celajes de Oro*, *La Cruz de Caravaca*, *El Legado*, *Flor de Café*, *Quejas Errantes*, *Anhelos*, *Amor*, *Ensueños infantiles*, *El Rey de la Selva*, *La Escuela para el niño*, *Un Robinson tico...* ésta última la obra más difundida de la autora.

También en Cuba destacó la presencia de las mujeres palmeras en la enseñanza, como fue el caso de la profesora **Rafaela Rodríguez Álvarez**, natural de Santa Cruz de La Palma, inmigrante isleña radicada con su familia en La Habana, hija de un acreditado comerciante. Hubo otras descendientes de La Palma que se dedicaron al magisterio y que destacaron en el campo científico, entre ellas citar a **Electra Pérez**, doctora en Farmacia, natural de Tzacorte. Además de Costa Rica y Cuba, otras palmeras dejaron su huella en espacios geográficos de Argentina, Venezuela, Uruguay, Santo Domingo así como otros lugares de América, cultivando diversas actividades culturales.

TRANSMISORAS DE LA CULTURA CANARIA

El escenario histórico de la América hispana, mestiza y patriarcal, con enormes diferencias sociales, permeable a ideas y costumbres diversas, condicionó, sin embargo, la vida de las mujeres. **Igual que en Europa los convencionalismos sociales aislaban a las mujeres del protagonismo de la actividad pública y la recluían en el mundo privado, donde prevalecía la idea de ser buena esposa y buena madre, aunque sepamos a ciencia cierta que muchas irrumpieron en otros espacios, al tiempo que fue muy amplia la nómina de trabajadoras que silenciosamente colaboraron en la tarea de construcción social.** La educación les estaba restringida porque una mujer muy ilustrada era tan peligrosa como una ignorante, pues le separaba de su misión y debía mantener una conducta virtuosa de acuerdo con su condición, tal como marcaba la tradición. En la sociedad patriarcal, el espacio femenino se circunscribía a los límites del hogar; la supervivencia y la educación de los hijos, constreñidas por la fuerza de la moral y el peso de la religión, pero hubo isleñas que lograron romper moldes.

El trabajo de las emigrantes se veía condicionado por su nivel educativo, que en esencia era muy bajo. Esta realidad limitaba su nivel de comunicación tanto hacia dentro como hacia fuera del grupo migrante. Algunas llegaron a alcanzar determinado nivel de instrucción, hecho que repercutió en su aceptación social y

en su participación en actividades trascendentes como la educación. El saber leer y escribir les abrió nuevos espacios de actuación, y la comunicación precisa con los familiares de otras tierras de América y los dejados en Canarias. **Las emigrantes procedentes de La Palma fueron trabajadoras incansables, no sólo en el hogar sino en las acciones comunitarias. En ambos espacios fueron portadoras de la cultura popular canaria y, por tanto, fieles transmisoras de las más disímiles formas de esa cultura en los suelos ocupados en América. Transportaron todo un legado cultural y su cosmovisión, incluyendo sus creencias y devociones religiosas.** Ellas se convirtieron en dinámicas participantes de las variadas formas de expresión cultural que heredaban de sus tierras de origen. Se destacaron por sus modos de organizar las distintas actividades de la vida familiar; por su participación en bailes, cantos y otras áreas artísticas. Participaron en una amplia gama de tareas, tanto en la creación de objetos artesanales como en la enseñanza de la artesanía a sus descendientes.

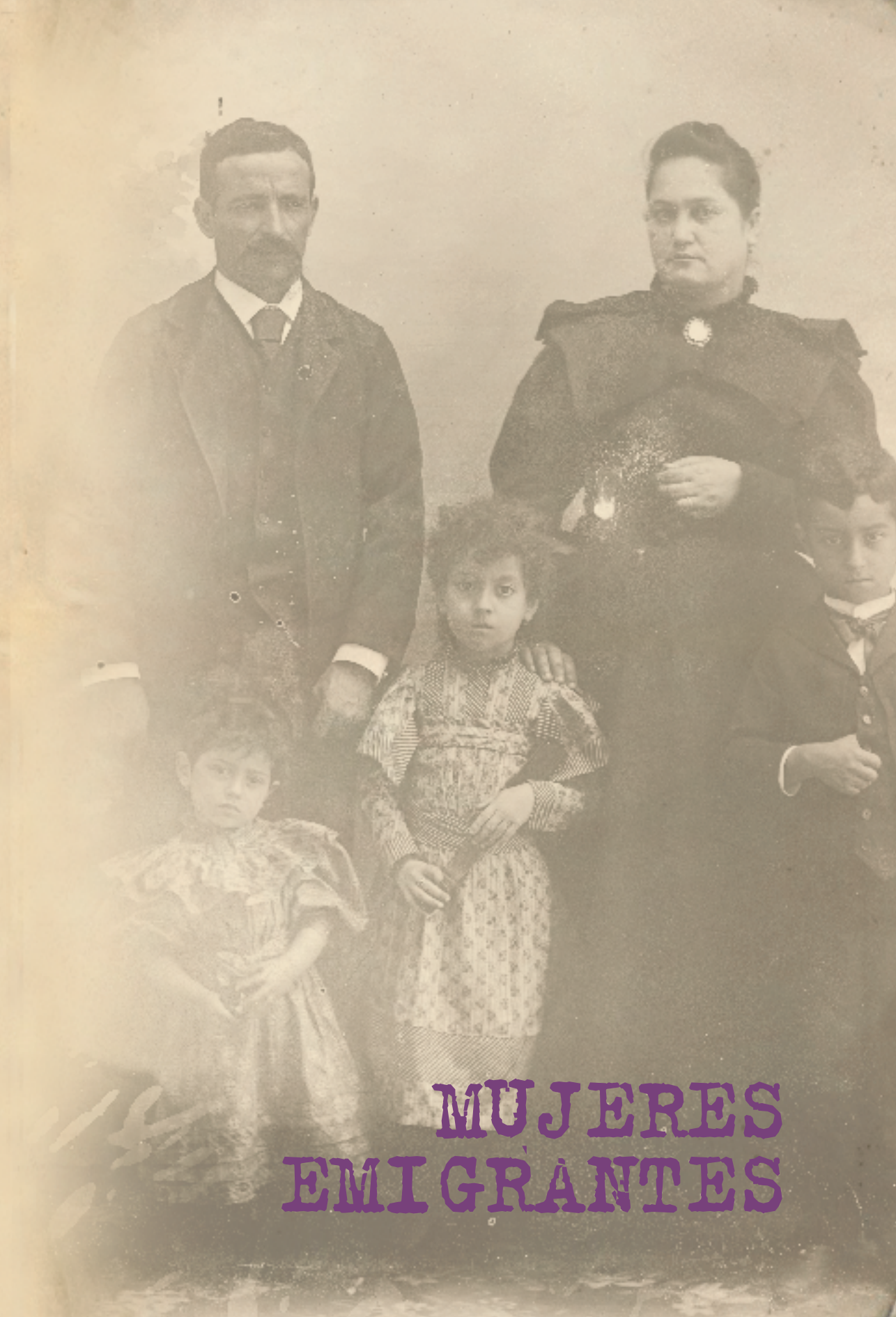
El goteo migratorio secular de las isleñas ha dejado huella en el pueblo americano, ellas que a través de los tiempos se implicaron en la vida cotidiana aquí y allende los mares, laborando en el hogar y ocupándose de distintas actividades, contribuyeron al progreso y bienestar de las familias, al tiempo que



propulsaron la vida de los pueblos. **Las mujeres que emigraron solas, igual que hicieron los hombres, se abrieron rumbo emprendiendo una nueva forma de existencia, muchas se casaron y formaron una familia integrándose en las zonas receptoras, pero no todas olvidaron su tierra y hasta mejoraron la maltrecha economía de los parientes que dejaron en el archipiélago.**

Las mujeres palmeras, igual que todas las mujeres canarias, imprimieron un sello distintivo en las relaciones del nuevo mundo, en el trasvase cultural y el mantenimiento de sus costumbres. La gastronomía canaria viajó con las emigrantes, los cuales basan su dieta en la alimentación que realizaban en su lugar de origen, de manera que elementos de la cocina regional se impusieron en las colonias, como el gofio isleño, existiendo molinos en diversas zonas. Ellas desarrollaron la cultura espiritual, manifestaron sus creencias religiosas, preservando sus señas de identidad espirituales, la devoción a sus imágenes, el culto a los santos, sus rezos, santiguados y supersticiones de origen, en suma, conservando la religiosidad propia. La simbiosis cultural quedó igualmente reflejada en las manifestaciones religiosas populares, imbricándose sus creencias en la sociedad receptora. El folklore, instrumentos musicales, canciones y bailes de Canarias enraizaron con las expresiones musicales criollas.

Para terminar, valorar la contribución de las emigrantes isleñas en la evolución social y en la educación de las nuevas generaciones. **Ellas conformaron la semblanza de las mujeres canarias testigos de la historia de Canarias y de América, que vivieron el heroísmo cotidiano, transportaron el legado cultural, sintetizaron las relaciones familiares y establecieron vínculos intergeneracionales e internacionales.**



**MUJERES
EMIGRANTES**

JOSEFA CASTRO BRITO

«A los 67 años emigré a Venezuela (...) hasta los 96 años, que regresé a mi casa natal».



Josefa Castro Brito, «doña Pepa», nació en **BARLOVENTO** en el año **1909**. Pronto cumplirá un siglo de vida en el que ha conocido varios conflictos bélicos de escala internacional y ha sobrevivido a las adversidades de una *Guerra Civil*.

Es difícil ya encontrar testigos directos de cómo discurría la vida de los isleños en las **primeras décadas del siglo XX** y, sobre todo, es casi imposible poder compartir un instante con alguien que disponga de la suficiente capacidad de recuerdo como para relatarnos las duras condiciones en las que transcurría la vida.

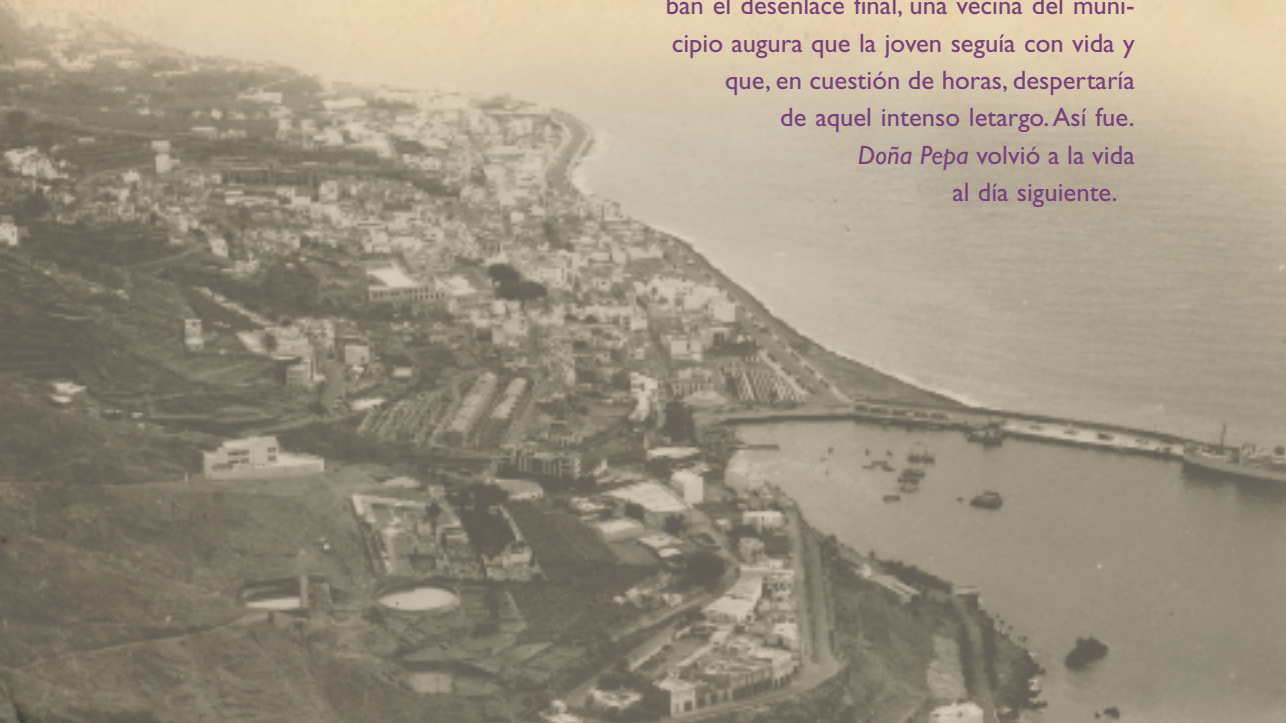
Nuestra protagonista habla de una infancia sin juegos, de pobres condiciones económicas y de un gran desconocimiento de los

males que se padecían, cuyos diagnósticos ahora son muy sencillos y fáciles de remediar.

Como tantas otras niñas de su época, *doña Pepa* recorría los campos desde el mar hasta la cumbre, unas veces para apacentar el ganado familiar y otras, para «acarrear» leña. Y entre tales circunstancias, procuraba cumplir, en la medida de lo posible, con su compromiso de acudir a la escuela.

Cuando cumplió los treinta años, *doña Pepa* enferma y cae en «estado de coma». Su marido acaba de regresar de *La Guerra Civil*, que le había mantenido alejado del hogar durante tres años. La familia celebra su llegada al tiempo que llora la «muerte» de *doña Pepa*. En medio de los preparativos que anunciaban el desenlace final, una vecina del municipio augura que la joven seguía con vida y que, en cuestión de horas, despertaría de aquel intenso letargo. Así fue.

Doña Pepa volvió a la vida al día siguiente.



En 1941, con 32 años, tuvo su primer hijo y, dos años más tarde, una niña, no sin antes haber sufrido algunos episodios personales muy dolorosos. *Doña Pepa* proseguía su vida, criando a sus dos hijos entre el pastoreo, la agricultura y las labores de la casa, mientras su marido trabajaba como guarda de montes. Así eran las cosas hasta que, en 1973, su marido enferma de hepatitis y fallece al poco tiempo.

Para aliviar la soledad, la hija de ambos, que vivía en Venezuela, la invita a vivir con ella y **a los 67 años, se decide y comienza una nueva**

vida en otro país. Allí pasa las horas tejiendo para la gente del lugar; cuidando a los nietos y colaborando con su familia en las tareas agrícolas y ganaderas, hasta que **regresa a su casa natal a los 96 años con una nieta y dos bisnietas, después de haber sido víctimas de una retención en una sucursal bancaria en Venezuela.**

En el momento actual, *doña Pepa* vive en medio de la alegría que le proporcionan las pequeñas. Su experiencia es la de una mujer valiente a quien la edad no frenó para emprender una nueva vida llena de oportunidades.

La contribución de los canarios (y las canarias) a la modernización venezolana fue decisiva en el ámbito de la agricultura. Sectores como el tomate, el plátano, la cebolla o la papa le deben a ellos su activo protagonismo. Regiones como las de **Barquisimeto, Valle de Pascua, Orituco o Coro** vieron reformadas sus estructuras agrarias con la apertura de pozos y la generalización del regadío. Pero no fueron sólo agricultores, también jugaron un papel en la industria, el comercio y el sector financiero.

Fuente: Manuel Hernández González.

Doña Pepa junto a las fotos de las personas más importantes de su vida: sus dos hijos, ella y su esposo y sus padres.





FELISA GUTIÉRREZ PÉREZ

«Éramos felices pero no se descansaba, se trabajaba todos los días a todas horas, hasta que mi marido decidió embarcar a Venezuela».

Felisa Gutiérrez Pérez nació en BREÑA ALTA en el año 1926. Es la mayor de nueve hermanos.

Al recordar la niñez, siente que esos recuerdos no son la infancia que le habría gustado tener. Pudo asistir al colegio, donde aprendió a leer y escribir aunque, con el paso de los años, se ha seguido formando ya que, de pequeña, no acudió lo suficiente a clase.

En su casa vivían de la agricultura y de la ganadería. No sólo aprovechaban la carne, sino también vendían la leche a las monjas del Colegio «La Palmita», en Santa Cruz de La Palma, que aprovechaban estos encuentros para practicar con ella la lectura y la escritura.

A los veinte años se casó y, más tarde, tuvo dos hijos varones. En esa época vivían mal porque no había trabajo y su marido estuvo siete años en la Península debido a la *Guerra Civil*. Al regresar a La Palma, la situación económica era difícil, así que empezó a trabajar en el monte haciendo «remates». *Éramos felices pero no se descansaba, se trabajaba todos los días a todas horas, hasta que decidió embarcar a Venezuela*, recuerda Felisa. Su marido viajó primero en el año 1957, siguiendo a un hermano emigrado antes que le animó movido por las buenas condiciones en las que allí se vivía.

Mientras ella estuvo sola, en La Palma, trabajó en la «descogida de tabaco». *Durante este tiempo mantenían contacto por carta*, hasta

el año 1963, que emigró a Venezuela porque su marido ya había conseguido una casa y una vida estable para su familia.

El día que marchó estaba muy emocionada porque iba a reencontrarse con él. *Primero embarcó de La Palma hasta Tenerife, trayecto en el que fue acompañada por su padre. Desde allí hasta Venezuela viajó con sus dos hijos, el mayor, de quince años y el menor, de siete. El trayecto duró ocho días.*

Cuando llegó a Venezuela, desembarcó en La Guaira. Su marido estaba esperándoles. *Recuerdo que fue muy emocionante*, nos dice. Ese día se quedaron en Caracas para poder recoger el equipaje del barco y después se desplazaron a Yaracuy, donde iban a formar un nuevo hogar. Allí tenían ya una casa para vivir y una finca para sembrar. Durante todos esos años vivieron de la agricultura.

Al llegar todo me pareció bonito, los campos los veía enormes en comparación con la Isla... «pero de la tierra uno nunca se olvida», nos cuenta.



Estación en el Puerto de La Guaira

Durante su estancia en Venezuela se dedicó a cuidar de sus dos hijos y un tercero que tuvo allí, ayudaba a su marido y trabajaba en su casa. Su hijo mayor había estudiado en La Palma hasta tercero de Bachillerato, pero allí no quiso continuar los estudios, así que se dedicó a trabajar en el campo con el padre. Su segundo hijo continuó los estudios y ahora es Ingeniero Mecánico, mientras que el hijo menor estudió Contabilidad y, en la actualidad, se ocupa de la finca y del ganado que su padre dejó en Venezuela. **Tengo un recuerdo muy bonito de una fiesta sorpresa que mis hijos nos prepararon por nuestras Bodas de Plata,** relata emocionada al pensar en ellos.

Transcurridos catorce años allí, vinieron por primera vez de visita a la Isla. Felisa recuerda que fue emocionante y que sus días de estancia aquí fueron felices. Después de este primer viaje, continuaron muchos más, durante los meses de vacaciones del verano, hasta que hace ocho años decidieron quedarse definitivamente aquí por motivos de salud. En ese

año, también se trasladó su segundo hijo, quedando los otros dos en Venezuela. En la actualidad, el mayor también está pensando regresar y el menor se hizo responsable de las tierras de su padre. **Cuatro años después de este último viaje juntos, su marido murió. Felisa lo recuerda con mucha emoción y tristeza.**

Lo que más añora de su segunda tierra son las personas que dejó allí, sus dos hijos, una nieta, dos bisnetos, vecinos y amigos que formaron parte de su vida, aunque en La Palma vive su segundo hijo, dos nietos y dos bisnetos y, en Tenerife, un nieto y un bisneto. No se arrepiente de esa experiencia y si volviera atrás, volvería a hacer lo mismo.

En aquella época era fácil encontrar trabajo, ya que el país tiene una extensión muy grande y muchas posibilidades laborales, sin embargo, en La Palma no podemos ofrecer los mismos recursos a las personas inmigrantes, es una isla pequeña y no hay suficiente trabajo, nos comenta al reflexionar sobre la realidad actual de los emigrantes.

La emigración canaria hacia Venezuela no fue toda tan agradable y enriquecedora como cuentan los miles de retornados que llegaron en los años 70 con dinero. Entre los episodios más negros de la emigración se encuentra el encierro en campos de concentración de miles de isleños (e isleñas) que llegaron de forma ilegal (...) **Fueron también víctimas de las mafias.**

La emigración en Canarias fue tan devastadora que, según el historiador de la Universidad de La Laguna, Manuel Hernández, **supo que el 20 por ciento de la población canaria de los años 50 emigrase,** lo que afectó a unas zonas más que a otras e hizo que, por ejemplo, «El Hierro se vaciase», al igual que ocurrió con municipios del Norte de Tenerife como *lcod de los Vinos* y con las islas de La Palma y La Gomera.

Fuente: Verónica Martín

«La Elvira», con 160 inmigrantes, en 1949 y el «Nuevo Teide» con 285, en 1950



GLORIA ESTHER PÉREZ JORGE

«Recuerdo ir a un morrito debajo de mi casa donde se veían pasar los barcos que traían a Los Indianos con la esperanza de ver llegar a mi padre.»



Gloria Esther Pérez Jorge nació en BREÑA BAJA en el año 1951. Su padre emigró a Venezuela dos años después buscando las oportunidades de trabajo que no encontraba en la Isla y ella se quedó en La Palma con su madre y sus dos hermanos. **Al recordar estos momentos de la infancia, Gloria se emociona, ya que vivió hasta los diecisiete años sin conocer a su padre.** Su madre luchó por sus tres hijos, pero la infancia la rememora carente de muchas cosas materiales y afectivas. *«Recuerdo ir a un morrito debajo de mi casa donde se veían pasar los barcos que traían a “Los Indianos” con la esperanza de ver llegar a mi padre. También iba al pueblo donde repartían y leían las cartas de los familiares esperando que llegara alguna para mí, pero no fue así.»* Y regresaba a casa con las cartas de los vecinos y ninguna para ella.

Después de muchos años, su madre tomó la decisión de irse a Venezuela con sus hermanos. *«Para mí fue muy valiente, comenta Gloria, porque no sabía a qué se iba a enfrentar. Yo me quedé viviendo en La Palma con mis abuelos, que eran grandes artesanos, y una tía, hasta que me internaron en Tenerife para estudiar en el Colegio María Auxiliadora, donde hice el Bachillerato.»* Recuerda esa etapa como algo maravilloso.

Más adelante tuvo la oportunidad de viajar a Venezuela para conocer a su padre y estar con la familia. *«Ese día dejé de sentirme huérfana y decidí quedarme a vivir allí.»* Abandonó

los estudios. *Dos años más tarde, conocí a mi marido, Víctor, un hombre maravilloso nacido en Portugal, con quien he tenido cuatro hijos nacidos en Venezuela. Esta tierra me dio la oportunidad de trabajar, de tener una familia y darles estudios a mis hijos.»*

Se emociona al recordar su primer viaje a Venezuela con 17 años. *«Fue maravilloso, dice, tuve que viajar en barco hasta Gran Canaria para coger el vuelo junto a unos amigos que se hicieron responsables de mí. Yo era feliz en esos momentos,... me habían comprado ropa nueva y era la primera vez que viajaba en avión. Estaba ilusionada porque sentía que iba a tener una familia. Aunque yo había vivido con mi madre, siempre me faltó mi padre. Ese día no tuve miedo, todo lo contrario, iba llena de ilusión.»*

Su padre trabajaba en una granja de pollos junto a sus hermanos y cuando ella se instaló con ellos intentaron que prosiguiera sus estudios, pero no fue posible porque eso les habría obligado a separarse de nuevo. *«Estuve 17 años sin mi padre y cuando nos reencontramos, él tampoco quería que me fuera lejos.»* Entonces, empezó a ayudarles en la granja con la contabilidad. *«Lo único que me apena es no haber continuado los estudios, porque me habría gustado estudiar Magisterio.»*

Una parte importante de esa época de la vida de Gloria Esther fue participar como voluntaria en **La Hermandad de Las Nieves en la Ciudad**

de Cagua. Como presidenta de esta hermandad, durante dos años luchó por conseguir un terreno para la edificación de un centro para enfermos, esfuerzo que tuvo su compensación años más tarde, cuando se creó la **Fundación Canaria Nuestra Señora de Las Nieves en el Estado Aragua.** La cultura de ambas zonas es

diferente, pero **«creo que la semilla del emigrante canario marcó Venezuela al igual que otras emigraciones»**, afirma.

En el año 1999, su padre se quedó ciego y necesitó una operación de

córnea que les obligó a venir a Tenerife. Después de establecer a sus padres aquí, regresó a Venezuela, donde permaneció algunos años más hasta que su marido y ella decidieron viajar a Portugal para regresar, definitivamente después, a La Palma. En Venezuela se quedaron dos hermanos y sus hijos han emigrado a Tenerife, Francia y Portugal. **«Tengo dos hijas y dos hijos, además de dos nietas y un nieto»**, nos cuenta Gloria Esther:

«Ahora estoy empezando de nuevo mi vida en esta Isla porque regresé en el mes de septiembre de Portugal. Por las mañanas, estoy con mis padres y por las tardes trabajo. Siempre estoy ocupada porque necesito llenar mi tiempo realizando cosas. Este nuevo comienzo no me está resultando difícil porque he vivido épocas más duras. Yo me enfrento a la vida».

Gloria Esther piensa que hoy, cuando los inmigrantes arriesgan su vida para llegar hasta Canarias, se exponen también al peligro de no encontrar nada aquí... **«Las circunstancias de esa emigración son diferentes a las mías, pero muchos emigrantes que salieron desde Canarias para Venezuela también fueron en pequeños**

barquitos». Recuerda que los fundadores de La Hermandad de La Virgen emigraron así.

«Y ahora mi objetivo es estar aquí junto con mis padres y mi marido. Yo siempre me he considerado Canaria y estoy muy orgullosa de mi tierra y, además... ¡me encanta el gofio!».

La Virgen de Las Nieves fue la **principal devoción de los isleños en su camino hacia América.** Su culto está especialmente vinculado a ellos y los *libros de fábrica* del Real Santuario están llenos de referencias a los regalos hechos por los indios en gratitud a la Patrona. **Este santuario mariano es el templo canario que mayor volumen de platería americana atesora, de calidad y riqueza nada común.** Ya en el siglo XVIII, *Viera y Clavijo* estimaba que la plata y las joyas de la Virgen ascendían a más de 20.000 pesos. Esta cantidad se iba incrementando con las donaciones de los emigrantes isleños, que así agradecían a la Patrona su buena travesía y su buena fortuna en Indias, considerada también como *«otro de los prodigios de la Virgen».*

Fuente: Jesús Pérez Morera.



La imagen de Nuestra Señora de las Nieves en la Casa Canaria



LUZ MARÍA CRUZ TOLEDO

«Mi hermano viajó siendo un niño, con diecisiete años, en una de las primeras barcas que salían desde la Isla y padeciendo trayectos que llegaban a durar hasta un mes. Quería encontrar una vida mejor en un nuevo país».



Luz María Cruz Toledo nació en el municipio de EL PASO en el año 1941.

De su infancia tiene el recuerdo de hacer muñecas con «pencas», de unos Reyes Magos que regalaban naranjas y alguna cosita más... En su casa no había juguetes y la ropa se lavaba por la noche para poder usarla al día siguiente. Lo peor era el invierno. Era muy frío y la casa tenía goteras. Para dormir, su madre y ella se cubrían con un plástico para evitar mojarse. Desgraciadamente, Luz María tuvo que abandonar la escuela para trabajar, ya que su hermano emigró a Venezuela, perdiendo todo el contacto con la familia. Preocupados por la falta de noticias, su padre viajó hasta allí para traerlo consigo a casa, aunque la realidad fue otra: «él también se quedó en Venezuela y no volvió». Luz María tiene muchos recuerdos de los dos.

El hermano viajó siendo un niño, con diecisiete años, en una de las primeras barcas que salían desde la Isla y padeciendo trayectos que llegaban a durar hasta un mes. Quería encontrar una vida mejor en un nuevo país.

Aquellos años recuerda vivir muy mal, ya que trabajaba tan sólo por treinta y seis pesetas a la semana y su familia tenía muy pocos recursos.

En la Isla se quedaron su madre y ella solas. «Sobre los nuevos años abandoné la escuela

porque necesitábamos trabajar las dos para poder comer».

Ambas trabajaron en *Tabacos Capote*, la fábrica antigua de cigarros de la Isla. «Mi función, dice, era descoger los cigarros de una máquina y llenar las cajas con los tabacos». En esta fábrica estuvo hasta el año 1963. Lo recuerda bien porque fue el año de su boda, después de siete años de noviazgo.

Su marido era pescador.

A los cinco años de matrimonio fue a faenar a El Hierro y su barco desapareció en el mar. Ella se quedó sola con un niño de cuatro años y una niña de mes y medio. Gracias a sus esfuerzos, cubrió las necesidades de su familia y sus hijos pudieron estudiar. Y gracias a un dinero que le prestaron, compró un terreno y cultivó plátanos. Ella misma realizaba el trabajo de la finca y además, criaban cabras e iba al monte a recoger pinillo. También aprovechaba la leche de las cabras para alimentar a su hijo e hija. *Estaba todo el rato trabajando*, nos dice.

Conoció a otro hombre y, poco después, se casó de nuevo, pero al año y nueve meses de esta unión, su marido falleció.

Todas estas experiencias las había vivido con tan solo veintiocho años.

En la actualidad, la única pena que tiene es no haber podido visitar a su hermano y su padre en Venezuela antes de que fallecieran. Alguna vez, el padre acudió a un amigo para que le escribiera una carta, pero la mayoría de las noticias le llegaban por sus primas. Su hermano se había casado, tenía hijos y su padre había vivido con él.

Ahora ella vive en su casa con su hija, tiene cinco nietos y, en su tiempo libre, organiza las actividades de la Asociación de la Tercera Edad «AXERJO», de El Paso. Durante diez años ha ostentado el cargo de presidenta de esta asociación, sustituyendo en sus funciones a su segundo marido.

*Cuando veo por televisión a los emigrantes que llegan en pateras, siempre pienso en mi hermano, nos cuenta. No sabe si la situación fue la misma, pero cuando su hermano llegó a Venezuela contó que estuvieron un mes en alta mar y que al llegar le perdieron el poco equipaje que llevaba. Por suerte, encontró trabajo pronto. «**Cuando arriesgas tu vida así, es que lo estás pasando mal**», concluye Luz María.*



*Ya tengo la maleta,
una maleta grande, de madera:
la que mi abuelo se llevó a La Habana,
mi padre a Venezuela.
La tengo preparada: cuatro fotos,
una escudilla blanca, una batea,
un libro de Galdós y una camisa
casi nueva (...)*

Pedro Lezcano



MARÍA DE LAS NIEVES HERNÁNDEZ LORENZO

«Durante los cinco años que estuve sin mi hijo, yo sólo pensaba en él y lloraba por no tenerlo conmigo, (...) no lo pude llevar porque no tenía dinero para pagar su billete».



Me llamo **María de las Nieves Hernández Lorenzo**. Nací en el año **1925**, en el barrio de Los Canarios, en **FUENCALIENTE DE LA PALMA**. Recuerdo mi infancia con buenos momentos. A los siete años empecé a trabajar «haciendo recados» para un maestro hasta que éste marchó a la Península con su mujer. Después, trabajé con otra señora, Carmela. Ella era muy divertida, me llevaba a la playa de Los Cancajos, me compraba ropa, me peinaba con lazos, y en general, me encontraba muy bien y... muy guapa. Esto fue hasta la edad de los nueve años. Entonces fui a trabajar a El Paso. **Fue cuando la Guerra estaba terminando por que recuerdo los gritos que decían «caídos en Bilbao, caídos en Bilbao».**

No fue mi último trabajo en la adolescencia, ya que después de allí, me fui a Tzacorte, de nuevo, con un maestro. Hasta la juventud, siempre estuve trabajando para otras personas en sus casas.

A los quince años me enamoré y me casé, y a los diecisiete años tuve mi primer hijo, León. El segundo, Tony, nació en Venezuela y se lleva once años con el primero. Después nació una niña, Omaira.

En un principio, la intención de mi marido no era emigrar, sino acompañar a mi cuñado a Las Caletas, desde donde salían las barcas, para ayudarle con el equipaje. **Sin embargo, una vez allí decidió marchar y, para ello, se escondió entre las máquinas hasta que la barca llegó a alta mar.** Meses más tarde, pude contactar con mi marido en Venezuela, que trabajaba en una draga del Río Chico y pronto pude viajar allí, gracias a la ayuda de otros palmeros emigrantes.

En el año 1955 emigré, cinco años después que mi marido, pero mi hijo no pudo viajar conmigo, se tuvo que quedar en la Isla y mis sue-

gros se hicieron responsables de él. Yo tenía treinta años. Cuando mi hijo cumplió diez, vino a vivir con nosotros. En el viaje lo acompañó una familia que iba al mismo lugar donde residíamos nosotros. Durante estos cinco años que estuve sin mi hijo yo sólo pensaba en él y lloraba por no tenerlo conmigo, pero desgraciadamente no lo pude llevar porque no tenía dinero para pagar su billete. **Para embarcar a Venezuela, mi padre me acompañó desde La Palma a Tenerife, porque los barcos salían desde allí. Después, mi padre regresó y yo marché rumbo a América.**

Al llegar, me instalé en el Estado de Miranda. **Recuerdo que el viaje en el barco «Santa María» fue maravilloso, el mejor que he hecho en mi vida. Duró casi seis días, pero fue una travesía especial.** Dentro del barco había de todo: flores naturales, piscinas, medicinas, misas todos los días, mucha comida... Yo iba con tres compañeras en la habitación que también me trataron muy bien.

Un 5 de julio llegué al muelle. Gracias a un joven de San Andrés y Sauces, encontré a Antonio, mi marido, en medio de la multitud. No me dieron la maleta hasta quince días después... porque estaban en fiestas.

Luego vino la carretera. Recuerdo que el trayecto se me hizo eterno. Pasadas cuatro horas, paramos en un lugar para comer y ésta fue la primera vez que yo vi unos espagueti. Sin embargo, no quise probarlos. Le dije a la camarera que me preparara unos huevos fritos... era lo que me apetecía.

Me gustaba mucho vivir en Venezuela porque, con muy poco dinero, podías comprar mucha comida. Recuerdo un día que fui a comprar y pedí todo el dinero que llevaba en lechuga y plátanos. El dependiente me preguntó si yo podría con toda la mercancía. ¡Claro, le dije, no es tanto el dinero que traigo! Cuando yo vi la cantidad de plátanos pensé que no podría con todos, pero como me daba vergüenza decir que



no, cogí la mercancía y me la puse encima de la cabeza. Por las calles todos me miraban porque allí no existía esa costumbre.

Mi marido trabajaba en los barcos, por eso siempre vivíamos cerca de los ríos. Incluso, una de las casas estaba en un islote y, para poder hacer la compra, tenía que ir en una barca pequeña. A veces, me ayudaban los compañeros de trabajo de Antonio, que también eran Canarios. Por temporadas, pasaba muchos días sin ver a mi marido.

Uno de esos días que estaba sola, comenzó a llover mucho y el nivel del río no dejaba de subir. Preocupada, subí a la embarcación con mi hijo. Esa noche la pasé en un hotel y al día siguiente fui a buscar una casa de alquiler. Tuve mucha suerte. Una señora me ofreció hospedaje en la ciudad durante los meses que mi marido trabajó fuera.

Después de un tiempo, se hizo pescador. Estuvo trabajando en un barco español que tuvo que entregar en Galicia y, en este viaje, decidió quedarse en Canarias.

Al regresar mi marido a la Isla, me hice responsable de los preparativos para retornar yo también. Por ese entonces, yo vivía en una casa de la empresa y allí me dedicaba a lavar la ropa para ganar un poco de dinero. Cuando llegó el momento de regresar, León, mi hijo mayor, quiso quedarse a trabajar en Venezuela y desde entonces sigue allí.

Al llegar mis hijos a La Palma tuvieron que separarse para que los familiares se hicieran responsables de cada uno. El niño vivió con los abuelos paternos y la niña con la abuela materna y unas tías, que le enseñaron a bordar.

Al año siguiente, en 1972 y con cuarenta y siete años, después de haber estado dieciocho años fuera, pude regresar a La Palma.

El trayecto de vuelta no fue bueno porque el barco se rompió y estuvimos varios días en alta mar. Al poco de llegar, estalló el volcán y mi casa quedó destrozada. Con la ayuda de mi madre y los vecinos pude arreglarla.

Fuencaliente, 1971. Fotografía de Ayut Santos



Hoy echo de menos a las personas que me ayudaron en Venezuela y, por supuesto, a mi hijo. Sólo volvería por verle.

Después de regresar encontré trabajo en la parrilla del pueblo, necesitaba dinero para sacar a mi familia adelante. Sólo estuve allí durante un tiempo. He trabajado en todo, en varias casas,

cuidando a señoras, niños, limpiando, preparando la comida... Perdí la vista del ojo derecho arreglando jardines en una casa, me partí una pierna en otro trabajo y cuando regresé del hospital ya me habían sustituido, me marché a trabajar a Tenerife, donde también estuve en varios sitios. Al final volví a La Palma. **Actualmente vivo con mi paga... que no me alcanza para todo el mes.**

En la historia de los barcos que hicieron posible la emigración legal de miles de canarios a Venezuela ocupan un puesto destacado los trasatlánticos portugueses **Vera Cruz** y **Santa María**, dos hermosos «paquetes» pertenecientes a la *Compañía Colonial de Navegación*, una de las navieras europeas más importantes de la época con sede en Lisboa.

Los citados trasatlánticos inscribieron sus nombres en la historia marinera de La Palma con motivo de las **únicas escalas que hicieron en 1955 y 1960, coincidiendo con las fiestas de la Bajada de la Virgen de Nuestra Señora de Las Nieves**, cuando arribaron en viaje directo desde La Guaira y fondearon al resguardo del Risco de la Concepción para desembarcar a los nuevos «indianos» que llegaban desde la otra orilla del Atlántico.

Fuente: Juan Carlos Díaz Lorenzo.

El trasatlántico *Santa María*.





JOSEFA HERNÁNDEZ MARTÍN

«Yo le mandaba fotos de los niños hasta que un día nos contó que se había enamorado de otra mujer y que no regresaba a la Isla. Sólo una vez recibimos 20.000 pesetas, que una vez pagado el préstamo de su billete, se quedaron en diez pesetas».

Me llamo **Josefa Hernández Martín**, pero todos me llaman Pepa. Nací en el municipio de **GARAFÍA** en el año **1923** y actualmente tengo 85 años.

Mi infancia la viví con mis padres y mis cuatro hermanas. En general, no fue buena, aunque guardo recuerdos agradables del colegio y de los pocos ratos que podía jugar.

En aquellos años, bordábamos para ganar dinero y ayudábamos a criar los animales que siempre hubo en casa.

A los veinte y dos años me casé y tuve cinco hijos en seis años, tres niños y dos niñas. El primero lo tuve a los 25, Arquímedes, al año siguiente nació Neris, luego Víctor, después Pepe y, por último, nació Isabel. Fue una época muy dura, donde había escasez económica, laboral y de alimentos y, debido a esto y a mis sucesivos partos, estaba enferma con frecuencia.

Cuando mi hijo mayor tenía 7 años y la pequeña 11 meses, mi marido decidió emigrar a Venezuela durante dos años para intentar superar este período tan difícil. El momento de la despedida fue duro, ya que él marchaba y yo me quedaba con los cinco niños. El día anterior a su partida, se fue caminando por Tijarafe y durmió esa noche en casa de una tía, en Santa Cruz de La Palma, para zarpar temprano a la mañana siguiente, mientras que mi hermana y yo llevamos su maleta a una barca en el Puerto de Garafía para transportarla hasta la capital. Cuando se fue, su intención era trabajar dos años

para recuperarnos y después volver. **Durante un tiempo recibí cartas de él todas las semanas y yo le mandaba fotos de los niños hasta que un día nos contó que se había enamorado de otra mujer y que no regresaba a la Isla. A partir de ahí, se perdió el contacto. Sólo una vez recibimos mis hijos y yo dinero de él, la cantidad de 20.000 pesetas, que una vez pagado el préstamo de su billete, se nos quedó en diez pesetas.**

A partir de aquí, los tiempos fueron más difíciles para nosotros. Gracias a la ayuda de mis padres y mis hermanas pudimos seguir adelante, pero el infortunio hizo que mi madre muriera pronto, a los 64 años, y un año después, mi padre. Mis hermanas continuaron ayudándome, ya que yo no podía trabajar debido a mi enfermedad. Vivía en Las Cabezadas, en una casa muy pequeña y en malas condiciones que, cuando llovía, se mojaba. Apenas podía comer, padecía pulmonía y anemia. Sin el apoyo de mis hermanas, hoy no estaría aquí. **Casi no puedo creer que haya cumplido 85 años y que mis hijos no tengan problemas ni para vestir ni para calzar después de todo lo vivido.**

Cuando me sentía mejor de mi enfermedad, iba al monte a buscar tagasaste y ordeñaba las cabras para darles leche a los niños. Mientras ellos desayunaban, recuerdo que los hijos mayores me preguntaban si yo ya había tomado mi ración de leche. Les ocultaba la verdad diciendo que sí y así conseguía que sobrara algo para la cena. Comíamos lo más barato que había en esa época, que era el pescado salado con gofio amasado y un

poco de mojo verde hecho con agua porque el aceite era muy caro y había que ahorrarlo. Recuerdo que sólo podíamos comprar un real de aceite, que era muy poca cantidad. Sin embargo, ... hoy en día... «el pescado salado lo caro que está».

Pasado un tiempo, tuve la suerte de mudarme a Santo Domingo a una casa mejor que pertenecía a una de mis hermanas. Al mes, abrieron el comedor del Colegio Público de Santo Domingo, brindándome la oportunidad de un puesto de trabajo como cocinera. Además de hacer la comida, servía y recogía las mesas, cuidaba a los niños y niñas en la hora del almuerzo y limpiaba. Al principio tuve dudas, no sabía si estaba capacitada pero, al final, me decidí y estuve allí hasta que me jubilé, a los setenta años. **Gracias a este trabajo, tengo hoy mi pensión y puedo vivir sin tener que pedir dinero.**

Muchas veces recuerdo cómo fue la infancia de mis hijos. Cuando llegaban del colegio, a veces, iban a trabajar en el campo para contribuir a la economía familiar. Yo empecé cobrando seis pesetas al

día y trabajando desde la siete de la mañana hasta las cinco de la tarde. Pero no era suficiente. . .

Actualmente vivo sola, pero uno de mis hijos almuerza conmigo todos los días. Hago la comida para los dos y después de almorzar y dejar todas las tareas hechas, descanso en el sofá y veo la televisión. Los fines de semana, mi familia viene a visitarme.

Hoy pienso en los inmigrantes que llegan a las islas y me doy cuenta de que mi marido también emigró de forma ilegal. Sin embargo, no había tanta tragedia en la mar y las circunstancias que allí encontraban eran diferentes.

¡Cuánto ha cambiado mi pueblo! Santo Domingo no se parece a como era cuando me marché. Antes había muchos vecinos, pero hoy la mayoría somos personas mayores. Además, cuando yo estaba trabajando en el colegio asistían al comedor alrededor de ochenta niños y niñas, sin embargo hoy habrá... unos treinta. Todo ha cambiado mucho. . .

El 24 de febrero de 1916 partió el magnífico trasatlántico *Príncipe de Asturias*, propiedad de la naviera Pinillos del puerto de Santa Cruz de La Palma. El barco se hundió al chocar con unas rocas de la isla Sao Sebastiano entre los puertos de Río y Santos. Navegaba demasiado cercano a la costa. **La noticia se convirtió en duelo y en consternación en La Palma.**

Tres años después, un ciclón tropical azotó el norte de Cuba, hundiendo el *Valbanera*, con 488 pasajeros a bordo. Era el tercer barco que perdía la Naviera en tan sólo tres años.

Fuente: María Victoria Hernández Pérez.

ROGAD A DIOS EN CARIDAD

Por la Sra. Doña María del Pino Rodríguez Torres, Vdo. de Benítez, la Sra. María del Carmen y Don Ezequiel Benítez y Rodríguez, Don Hilario Carmona Pérez y Don Nestor Arceña y Arceña que perecieron víctimas del naufragio del vapor "Príncipe de Asturias", en la madrugada del día 5 de los corrientes, frente a Sao Sebastiao, en las costas del Brasil.

Los funerales y misas que se celebrarán el día 23 del actual en la Iglesia Parroquial del Barrio de esta ciudad y en la de Santos de las islas de las Azores por los señores señores aplicados por el eterno descanso de sus almas.

Don Agustín José, Doña María del Pilar, Doña Francisca, Doña María de los Dolores, Doña María de las Mercedes y Doña María del Pinar, Don José y Don Nicolás Benítez y Rodríguez (éstos tres últimos ausentes), Doña Josefina Lorenzo y Martín de Benítez (ausente), Don Miguel Perdigón y Médez, Don Diego Murdigu y Martín de Benítez (ausente), Don Hugo Arozco y Arozco (ausente), Doña Isabel Perdigón, Vda. de Benítez y Rodríguez, las Sras. Trinidad Perdigón y M. de las Arceñas Gómez, Cabrera y demás familiares, invitan a V. al referido acto, encareciéndolo, además, una oración por todas las víctimas de dicho naufragio.

20 de Marzo de 1916.

Recordatorio del Naufragio
Archivo: M.V.H.



ONELIA RODRÍGUEZ PÉREZ

«Poco a poco, los miembros de mi familia fueron regresando, excepto mi padre que falleció en el año 1995. En el año 2001 regresé yo también a La Palma siguiendo su rastro».

Mi padre, que procedía de una familia arraigada en el municipio de Puntagorda, emigró a Cuba en el año 1922, cuando tenía sólo 17 años. Desde allí y, después de una complicada travesía por Centroamérica y Colombia, llegó a Venezuela, donde permaneció hasta 1942, año en que regresó a Canarias. Una vez en La Palma, aprovechó la ocasión para ir a Garafía a visitar a un amigo que había conocido en Cuba, afortunado encuentro en el que entabló amistad con una de sus hermanas. Un año después se casó con ella en San Antonio del Monte y fijaron su residencia en Puntagorda.

De esta unión nacieron mis dos hermanas mayores, mi hermano menor y yo, **Onelia Rodríguez Pérez**, en el año 1948. Fue mi padre quien escogió ese nombre para mí, porque era el nombre de una novia que él había tenido en Cuba. A mi madre le pareció bien.

Fui una niña feliz. Pertenece a una familia humilde, como todos mis vecinos y, por ese motivo, tuvimos que emigrar a Venezuela, que era el país que mejor conocía mi padre. En uno de sus viajes, mi madre tuvo que reunirse rápidamente con él, obligados por el gobierno venezolano que exigía a los inmigrantes reagruparse con su familia. Esto fue en el año 1963.

Los cuatro hermanos fuimos a vivir a **LOS LLANOS DE ARIDANE** al cuidado de una tía materna a la que queríamos mucho, pero que era una persona muy conservadora. **Los años que allí viví fueron sólo de añoranza y esperanza.**

A finales del año 1965 viajé a Venezuela, en compañía de mis hermanos, en el trasatlántico Begoña, que en ese tiempo era el transporte que se utilizaba. Fueron 9 días de travesía muy desagradables para mí, ya que estuve mareada todo el trayecto. Durante la travesía cumplí 23 años. El capitán del barco me envió una felicitación, una tarta y una botella de champagne, que me sorprendió gratamente. Aquella vez fue la primera vez que tuve una tarta de cumpleaños.

Al llegar me sentí, de nuevo, verdaderamente feliz, con mis padres, con la gente... En fin, todo me parecía fácil y alcanzable.

Hice amistad con unos vecinos cubanos evadidos del régimen de Fidel Castro, que me animaron a estudiar y así lo hice. Vivir en Caracas me facilitó mucho las cosas. Después de varios cursos de formación, comencé a trabajar en una empresa italiana de máquinas de escribir e informática y allí estuve 11 años. Gracias a ese trabajo, conocí todo el país y fui la primera mujer en Venezuela que asistió como demostradora de Equipos de Oficina a una Feria-Exposición celebrada en un Hotel de Caracas.

Estudí Informática en la Universidad Central de Venezuela y Derecho en la Universidad Santa María. También dediqué mucho tiempo a colaborar con asociaciones protectoras de animales, especialmente durante la riada de La Guaira en 1999.

Poco a poco, los miembros de mi familia fueron regresando, excepto mi padre que falleció en el año 1995. **En el año 2001 regresé yo también siguiendo «su rastro» y aquí me he quedado.** He vuelto a Venezuela en varias ocasiones, pero cada vez me siento más lejos de aquella realidad. No hay punto de comparación con La Palma que dejé cuando me fui y la que encontré a mi regreso. Por ejemplo, en casa no había agua corriente y la luz eléctrica funcionaba sólo tres horas durante la noche. Todas las semanas visitábamos a mi abuela a Garaffa y teníamos

que ir caminando, trayecto que nos llevaba tres horas para ir y otras tantas para volver.

He vivido hasta hace un año en Los Llanos de Aridane y ahora comparto mi estancia también en Puntagorda, pues mi madre tiene 86 años y no quiero que esté sola. Disfruto mucho de La Palma. La gente es agradable y familiar pero, en ocasiones, se siente un poquito de rechazo al retornado. Tengo muchos proyectos en mente y, entre otras cosas, me gustaría seguir ayudando a animales abandonados.

Según Rodríguez Campos, **entre 1830 y 1859 entró en Venezuela un contingente superior a las diez mil personas procedentes de Canarias.** Tras la *Guerra Civil Española*, la emigración canaria toma un impulso tan grande que no pudo frenar ni la prohibición ni las graves dificultades legales para emigrar; junto con los medios de transporte vejatorios e inseguros, que costaron la vida a los integrantes de más de una expedición clandestina.

Buque Begoña. Durante los años 60 y 70 realizó la ruta Canarias-Venezuela



AMPARO GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Se dedicó a bordar para poder ganar un poco de dinero, porque con la paga de su marido no se podían cubrir todas las necesidades, incluida la medicación de éste, ya que sufrió una enfermedad de larga duración.

Amparo González Hernández nació en el municipio de MAZO en el año 1947. Recuerda una buena infancia para la época en la que vivió. Ella piensa que ha vivido peores momentos durante su madurez, sin embargo, su hermano mayor siente que los peor lo pasaron durante la niñez.

Su padre tuvo que emigrar y su madre se quedó sola con tres hijos. Tuvo que trabajar duramente en el campo para alimentar a su familia aunque, afortunadamente, su padre los ayudaba desde Venezuela. Mantenían contacto a través de cartas y, además, vino a visitarlos en varias ocasiones. En uno de esos viajes, decidió quedarse en la Isla porque padecía una grave enfermedad, de la que falleció poco después.

También su hermano mayor, que nació en 1935, emigró a Venezuela aproximadamente a los veinte años. Muchos fueron los familiares de Amparo que sufrieron la emigración.

Cuando conoció a su marido, éste también había emigrado ya a Venezuela y en uno de los viajes que hizo a La Palma se conocieron. Se casaron y ella permaneció un año más en la Isla mientras que su marido regresó a Venezuela para continuar trabajando. Al año siguiente, viajó junto con su madre y su hija de cuatro meses de edad para reunirse con él.



Medín Martín,
«Monumento al Emigrante» (Villa de Mazo)

El trayecto a Venezuela fue en avión. Fue un viaje muy agradable, sobre todo si lo compara con el de su padre, su hermano y su marido, que emigraron en barco. Estaba emocionada y contenta porque iba a reencontrarse con su él.

En Venezuela vivió trece años junto a su familia, aunque su marido estuvo unos treinta años. Recuerda una vida «normal», cuidando de su familia y sus dos niños. También se dedicó a bordar para poder ganar un poco de dinero, porque con la paga de su marido no se podían cubrir todas las necesidades, incluida la medicación de éste, que sufrió una enfermedad de larga duración. La familia vivía en un pueblo pero su marido trabajaba en el campo, se dedicaba a la agricultura. Nos cuenta que empezar una nueva vida allí le resultó difícil porque era un gran cambio, aunque reconoce que lo pasó mejor que otras personas, ya que ella tenía la presencia y el apoyo de su familia.




Decidieron regresar a la Isla cuando su esposo enfermó. Estuvo veintiocho años luchando contra la enfermedad y su familia le insistía que regresaran, ya que en La Palma tenían la casa de sus padres y no debían pagar alquiler. Así lo hicieron. Esto fue una gran alivio para la pareja, su hija y dos hijos pequeños.

Añora de Venezuela las amistades, tanto de ella como de sus hijos y a la familia, ya que su hermano continúa viviendo allá, pero, sin duda, lo que más echa de menos es a su madre, que falleció allí.

Hace diecinueve años que regresó a La Palma. Ahora encuentra la Isla en una mejor situación y además se vive tranquilamente, nos comenta, pero la comida, que es imprescindible, está subiendo demasiado de precio.

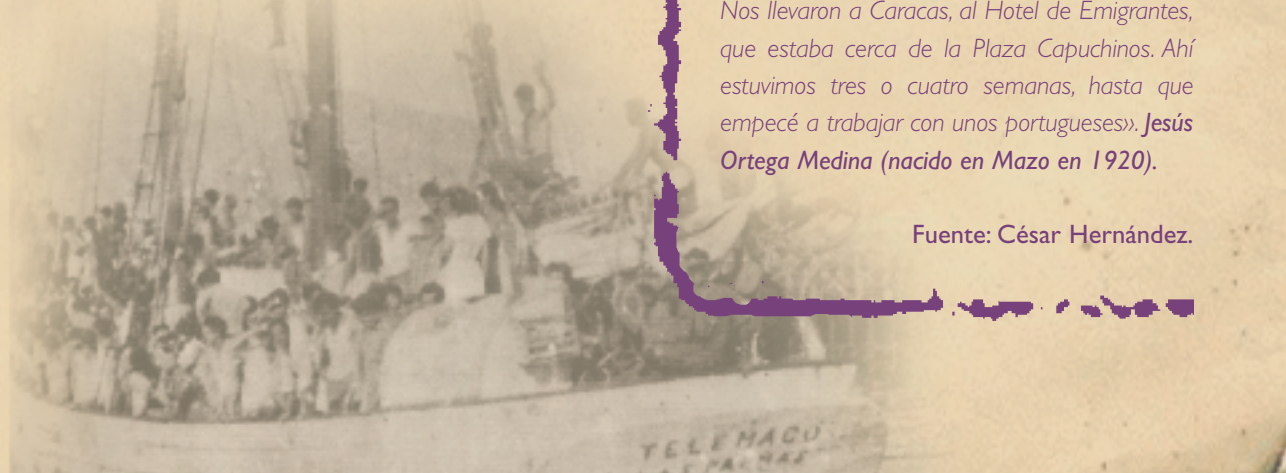
Actualmente, su vida es similar a la de hace unos años, realiza las tareas de la casa y vive con sus hijos. Además, a veces realiza bordados para vender y para entretenerse en su tiempo libre.

Nos comenta que la vida de los inmigrantes puede ser lamentable, se llega en muy malas condiciones y después, muchas veces, no hay tanto que ofrecerles. **Ellos vienen a buscar un futuro mejor para su familia y muchos encuentran la muerte. También algunos canarios encontraron la muerte en su viaje a América...**



«Fuimos cinco de Mazo para Tenerife para tomar la balandra. **Íbamos 200 personas en un barco de vela llamado La Carlota [...] Tardó 28 días. Dormíamos sobre cubierta, con la vela de toldo. Como era verano no llovía. Se comía carne salada, pescado salado, batatas, papas, arroz, gofio. El agua estaba racionada a medio litro diario por persona. Se nos terminó el agua llegando a Trinidad y decidimos tomarla allí. Más tarde, no nos querían dejar salir, porque eso era colonia inglesa. El capitán vino y nos dijo: nos escapamos esta noche. Y salimos prófugos de Trinidad. Llegamos por toda la costa de Paria hasta un sitio llamado Chacopata. Ahí había unos islotes atravesados en el mar y el capitán no supo salir, así que nos acercamos a tierra y un señor nos dijo que nos sacaba de ahí pero que teníamos que pagarle. Yo traía 200 bolívars que había comprado allá en Tenerife, y eso pedía. Como yo era el único que traía dinero venezolano se los tuve que dar al capitán para que pagara al hombre. Nos trajeron aquí, a Isla Margarita, y después nos llevaron en el mismo barco a La Guaira. Nos llevaron a Caracas, al Hotel de Emigrantes, que estaba cerca de la Plaza Capuchinos. Ahí estuvimos tres o cuatro semanas, hasta que empecé a trabajar con unos portugueses».** Jesús Ortega Medina (nacido en Mazo en 1920).

Fuente: César Hernández.



BÁRBARA SANFIEL RODRÍGUEZ

«La tierra te llama (...) Lo que más me entristeció fue encontrar a mis padres tan mayores... y haber dejado atrás a un ser tan querido, mi marido ya fallecido».



Bárbara Sanfiel Rodríguez emigró a Venezuela en 1982 junto a su marido y sus dos hijos, y allí comenzó una nueva vida.

Como todos los emigrantes, buscaba algo mejor para su futuro, así que tomaron la decisión influenciados, también, por la experiencia de un familiar emigrado. **Su marido se marchó ocho meses antes que ella y sus dos hijos.**

Al llegar a Venezuela descubrió que todo era muy diferente, la gente, el clima, las costumbres, sin embargo pronto empezó a trabajar en el Club Casas Canarias, lo que le sirvió para adaptarse rápidamente a esta nueva vida y mantener el contacto con muchos canarios emigrados como ellos.

Cinco años después tomaron la decisión de emprender un negocio propio, así que montaron un restaurante en el que trabajaron hasta su regreso a La Palma.

30

Nunca llegó a olvidar España. De hecho, durante los veinte años que estuvieron en Venezuela, viajaron a Canarias en cinco ocasiones para visitar a sus familiares. **«Al final, decidí regresar, nos cuenta, motivada por la pérdida de mi marido y la necesidad de volver junto a mis**

padres. Aunque estábamos bien allí, dice, la tierra te llama». Al llegar encontró que todo era muy diferente a como lo había dejado. **«Lo que más me entristeció fue encontrar a mis padres tan mayores y... haber dejado atrás a un ser tan querido, mi marido ya fallecido».**

Comenzar de nuevo en La Palma no le fue difícil, ya que continuó su formación y empezó a trabajar muy pronto. Hoy tiene su propia empresa fruto del esfuerzo y de su espíritu innovador. Dice que es muy activa y vive feliz gracias, también, a la presencia de su nieto. En la actualidad, es la presidenta de la Asociación de Mayores San Mauro Abad de PUNTAGORDA.

Es una persona muy positiva y piensa que Dios le ha acompañado en todos los momentos de su vida. **«El sufrimiento y la nostalgia se van superando».** Ella recuerda Venezuela con mucho cariño y querrá a ese país toda la vida.

Cuando ve las noticias de la tragedia de las pateras que llegan a nuestra tierra, se siente identificada porque, aunque haya sido de otra manera, **«todo el que deja su país de origen para buscarse la vida en otro lugar, lo hace con dolor por lo que deja atrás e ilusión de encontrar mejores medios de vida para poder continuar adelante».**



Antiguamente, el transporte de mercancías y pasajeros entre las islas Canarias se hacía a vela, con goletas de 40 a 50 toneladas. A partir de 1886 se establecieron unas líneas regulares atendidas por barcos de la *Compañía de Vapores Correos Interinsulares Canarias*. Pero el servicio pronto resultó insuficiente. Para atender la demanda, en el

año 1911, *Vapores Interinsulares* encargó a Inglaterra la construcción de seis nuevos vapores, entre los cuales estaba el *La Palma*. Las nuevas unidades fueron entregadas durante 1912, el año del hundimiento del Titanic.

Fuente: Ricardo Génova.





BASILISA GUERRA HERNÁNDEZ

«Emigré con dolor pero con la ilusión de compartir una vida en matrimonio con mi marido (...). Yo siempre me fui con la idea de volver a mi tierra».

Me llamo **Basilisa Guerra Hernández**, pero todos me conocen como Hortencia. Nací en el municipio de **PUNTALLANA** en el año **1941** y soy una campesina agricultora.

Mi infancia la pasé en el pueblo junto a mi familia. Tengo una hermana y un hermano. Asistí al colegio a realizar estudios primarios y allí me enseñaron a leer y escribir tres maestras. Tengo recuerdos de esa época junto a mi abuela Juana, pero de mi abuelo casi no me acuerdo. Desde pequeña empecé a trabajar en el campo. Siempre he cuidado animales y he trabajado las huertas para poder comer.

Me enamoré de un emigrante de Puntallana que había viajado a Venezuela. Nos casamos aquí, en La Palma, pero él quiso regresar a Venezuela y tomamos la decisión de emigrar los dos juntos en noviembre del año **1965**. **Allá vivimos durante 21 años y retornamos en 1986**. **Emigré con dolor pero con la ilusión de compartir una vida en matrimonio con mi marido**.

Para llegar a América tuve que viajar en barco a Tenerife. De allí a Gran Canaria hasta Venezuela, no sin antes hacer una pequeña escala en Puerto Rico. **Ese día lo recuerdo algo triste por mi marcha de la Isla y, sobre todo, por no saber lo que me iba a encontrar en una nueva tierra.**

Los primeros días extrañaba todo. Mi marido encontró trabajo enseguida en la ciudad y yo me hice responsable de las tareas de la casa.

Al año siguiente nos trasladamos al campo y yo ayudaba también en las tareas de la agricultura y ganadería, ordeñaba vacas, elaboraba quesos y, en general, hacía de todo.

Recuerdo especialmente un día que recibí de La Palma unas semillas de calabacín. Las plantamos y, como la tierra allí era muy fértil, germinaron rápidamente. Nos quedamos sorprendidos de la cantidad enorme de calabacines... Uno de los recuerdos más tristes de mi estancia allí fue el accidente que sufrió mi marido con un camión. Trabajaba en el transporte de mercancía. Ese día, concretamente, se dirigía a Caracas para transportar tomates y pepinos.

Durante mis veinte años de estancia allí trabajaba en la casa, en el campo y me dedicaba también a tejer.... **Pero yo siempre me fui con la idea de volver a mi tierra**. Mi marido también estaba cansado de la estancia allí y quería regresar y yo quería volver porque mis padres ya eran muy mayores. Desgraciadamente, a mi padre pude cuidarle durante poco tiempo porque falleció el mismo año que yo regresé. Mi madre vivió algunos años más.

De vuelta a mi Isla, el sentimiento era muy distinto. Estaba emocionada porque regresaba a mi tierra, aunque dejaba a mi hermano mayor en Venezuela, que también había emigrando cuando era joven. Allí manteníamos contacto, nos llamábamos por teléfono y nos veíamos una vez al año... porque vivíamos lejísimos.

En La Palma, nos construimos una casita en un terreno heredado de mi padre en la costa de Puntallana, donde plantamos verduras y plátanos... Sin embargo, todo cambió cuando mi marido enfermó y falleció... Vine a vivir a El Granel junto a mi hermana y mi cuñado.

Al llegar, no me resultó difícil empezar a trabajar ya que continué con los mismos trabajos que hacía antes de emigrar, criaba cabras, acompañaba a mi marido al monte a recoger hierba... Mis trabajos siempre han estado relacionados con la agricultura y los animales.

Ahora que ya estoy en La Palma no quiero marcharme, **quiero terminar mi vida aquí, en mi tierra.** Recuerdo cómo era la Isla cuando me marché. Los caminos eran de tierra. Recorríamos grandes distancias detrás de las vacas a pie o en mulas. Recogíamos la hierba y volvíamos todo el camino con los «fejes» en la cabeza. La vida era más dura. Al regresar encontré carreteras donde antes sólo había tierra. Todo era distinto. También mi vida es ahora muy distinta. Me encuentro sola y no tengo hijos, convivo con mi hermana y hace algún tiempo sufrí una operación de corazón de la que tardé un año en recuperarme. Ahora estoy mejor y continúo trabajando como campesina. En algunas ocasiones, me entretengo con un grupo de la Tercera Edad del municipio y, también en mi tiempo libre, vengo a caminar al parque.

Lo más que añoro de Venezuela es a la gente porque me tenían mucho aprecio y yo a ellos también. Allí dejé familia y amistades y aquí, en La Palma, mantengo contacto con otros emigrantes del municipio de Mazo. **También aquí hay más emigrantes que yo, no sé por qué me escogieron a mí para esta revista, que soy una campesina...**

No me arrepiento de haberme ido a Venezuela, es bueno ver otras cosas, trabajar en otros lugares, conocer otras culturas y otras formas de ser y de pensar diferentes a la nuestra. **Ahora, a la edad de 67 años no volvería a hacerlo, pero si le diera atrás al tiempo... entonces sí viviría la misma experiencia.**

Creo que estas islas son muy pequeñas para recibir tanta inmigración. Esto es muy diferente a Venezuela. Los primeros emigrantes de La Palma que llegaron a Venezuela compraron fincas y, después, ayudaron a otros canarios dándoles un trozo de tierra para trabajar con papas, maíz, caraotas... ¡cómo me gustan, pero me encantan las arepas más!... Sin embargo, ellos vienen y tienen que vivir con más miserias que la que dejan en su país, ya que se lanzan al mar sin pensar en las circunstancias.

Antes no teníamos variedad de comida pero escapábamos con papas, gofio, quesos, cabras, cochinos... en general vivíamos de la producción del campo y de los animales. Ahora, no sé...

A partir de 1936 a la gente joven se la llevaron de Puntallana para la Guerra, y los viejos trabajaban la tierra aunque no pudiesen. [...] Mi vida allá [Tijarafe] fue de pobreza, como los demás. **No había ropa ni calzado. Yo fui con alpargatas hasta los 18 años. Todo el mundo iba igual.** [...] Cuando cumplí 19 años se aproxima la edad en que tengo que ir al servicio militar. En aquel entonces eran dos años y medio, y era fuera de la Isla, sobre todo a Ceuta o Melilla. La emigración a Venezuela era fantástica, se decía que si uno llegaba a Caracas inmediatamente empezaba a trabajar y a mandar dinero. **Aunque nadie sabía que los que estaban acá comían pan seco para mandar dinero para allá.**

Fuente: Eduardo Cabrera Acosta, un emigrante de Puntallana (1953).

LONGINA RODRÍGUEZ FERRAZ

«Pedro se fue a Venezuela buscando empleo y una vida mejor junto a unos parientes y yo me quedé en La Palma embarazada de 5 meses en casa de mis padres».



Longina Rodríguez Ferraz nació en 1927 en el municipio de **SAN ANDRÉS Y SAUCES**. Concretamente en *Lomo El Pino*, en Las Lomadas.

Conoció a Pedro, su marido, cuando vino a unos carnavales a La Palma. «*Era gallego y se dedicaba a la mar*» pero, durante las fiestas, olvidó embarcar y el barco regresó a su destino sin él. Así que llegó al municipio de San Andrés y Sauces buscando trabajo y se casó con Longina.

Un tiempo después, Pedro se fue a Venezuela buscando empleo y una vida mejor junto a unos parientes y Longina se quedó en La Palma embarazada de 5 meses en casa de sus padres. Nacieron unos gemelos, un niño y una niña y, durante ese tiempo, se dedicó a trabajar el campo y a cuidar de los animales con sus padres. Cuando sus hijos tenían 10 años, una vecina recién llegada de Venezuela le cuenta que su marido está gravemente enfermo, motivo por el que decide marchar con su hijo para traerlo de vuelta a casa. Su hija permanece en La Palma al cuidado de la abuela.

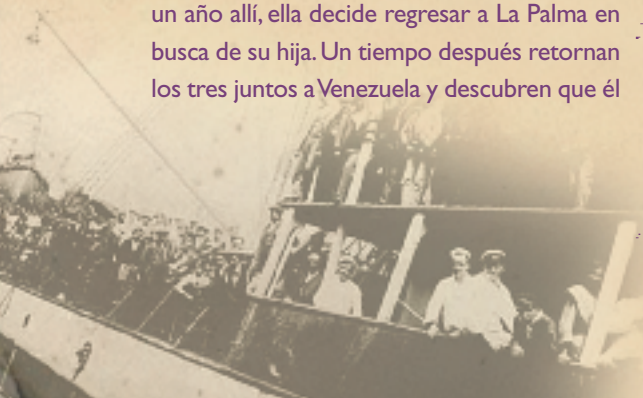
Al llegar a Venezuela, Longina comprueba que su marido no está enfermo y, después de vivir un año allí, ella decide regresar a La Palma en busca de su hija. Un tiempo después retornan los tres juntos a Venezuela y descubren que él

ya tiene una nueva familia. Para poder sobrevivir, los tres son acogidos por unos conocidos y Longina comienza a trabajar duramente para poder comprar los billetes de vuelta a La Palma. Se dedica a la venta de ropa y se traslada a Isla Margarita donde las cosas eran un poco más fáciles para una mujer con dos hijos.

Cuando ya tienen el dinero suficiente para volver, después de mucho esfuerzo, su hijo se enamora y se casa con 16 años, quedándose a vivir allí. Ella y su hija deciden, sin embargo, regresar a su hogar en Las Lomadas. Desde entonces se ha dedicado a trabajar en el campo... Actualmente reside en el *Hogar de Ancianos de San Andrés y Sauces*.

Exceptuando algunas expediciones de familias enteras, los hombres viajaban solos a América. Eran solteros o recién casados, cuyas mujeres quedaban esperando su regreso. Un manuscrito contemporáneo a estos acontecimientos lo expresaba así: «*En todos estos lugares no se mira otra cosa que viejos y mujeres sin maridos, éstas y sus hijos llenos de miseria y casi pordioseando. Los campos sin menestrales y solamente cultivados por mujeres [...]*» Muchos de estos maridos olvidan a sus esposas y no regresan a Canarias. Otros lo hacen después de décadas sin dar noticia alguna, ni siquiera una carta. **No es raro que el emigrante contraiga segundas nupcias en el Nuevo Mundo, amparado por el escaso control de los documentos que entonces podía tenerse.**

Fuente: Manuel Mora Morales.



GLADYS REMÓN ACOSTA

«Decidimos regresar a La Palma porque sentimos nostalgia de la Isla que nos vio nacer (...). Recuerdo el reencuentro con mis padres y amigos y la nostalgia que había sentido en Venezuela por todos ellos durante aquellos años».



EQUIPO DE MUJER: ¿Podría decirnos en qué municipio de La Palma nació y en qué año?

GLADYS REMÓN: En SANTA CRUZ DE LA PALMA, en el año 1943.

EM: ¿Puede contarnos algo sobre su infancia, su municipio, su niñez? ¿Recuerda su escuela? Háblenos de sus padres, abuelos, hermanos...

GR: Vivíamos en la calle de *El Tanque*, hoy conocida como calle *Antonio Rodríguez López*. Jugábamos en la plaza de *la Alameda*, en casa de los abuelos. Guardo muy buenos recuerdos de mis padres y mis hermanos. Mi padre murió hace cuatro años y mi madre hace dos.

EM: Cuéntenos cómo surgió la idea de emigrar ¿Cuál era la situación personal y familiar en el momento en que lo decidieron? ¿Puede recordar cómo se sentía el resto de su familia ante esta idea?

GR: Me fui muy ilusionada porque iba para casarme. Mis padres estaban tristes por mi partida aunque presumían que sería feliz. Mi futuro esposo era emigrante palmero y mis cinco hijos nacieron ya en Venezuela.

EM: ¿A dónde emigraron y en qué año? Cuéntenos cómo recuerda las emociones del día en que marcharon, la familia a la que dejó,

las ilusiones que tenía, si pensaban regresar...

GR: Emigré para casarme en el año 1964 pues mi marido ya vivía en Venezuela. Veníamos a La Palma cada dos años para estar con la familia hasta que, definitivamente, volvimos a la Isla en el año 1984.

EM: ¿Podría contarnos cómo fue su viaje? ¿Cuánto duró? ¿Cómo fue la travesía? ¿Recuerda alguna anécdota que sucediera durante el viaje?

GR: El viaje fue en barco y la travesía duró ocho días. Recuerdo que el barco se llamaba «*Santa María*». Fue un viaje muy desagradable porque estuve mareada todo el tiempo. En el mismo barco iban muchos emigrantes que se dirigían a Cuba.

EM: ¿Recuerda el día que llegó a su destino? ¿Cómo se sintió? ¿Tenía miedo, alegría, tristeza, ilusión? Cuéntenos cómo era la ciudad y la casa a la que llegó.

GR: Me recibieron unos amigos que vivían en Caracas. Ahora recuerdo con nostalgia los veinte años de estancia allí. Debo reconocer que los años más felices de mi vida fueron los vividos en Venezuela.

EM: ¿Cómo empezó esa nueva vida? (nuevos trabajos, nuevo colegio, amigos y familiares que tenía allí). Cuéntenos cómo fueron esos días.

GR: Los primeros días estuvimos en Caracas y posteriormente nos instalamos en una hacienda en Maracaibo. Más tarde, cuando mis hijos tuvieron edad escolar, nos trasladamos a la ciudad.



Maracaibo a principios del siglo XX

EM: Puede contarnos cómo recuerda los años que vivieron allí y las noticias que llegaban de La Palma ¿Recuerda cómo era la sociedad venezolana comparada con la de La Palma?

GR: Allí me casé y allí tuve cinco hijos. Mi padre me escribía cartas con mucha frecuencia y también hablábamos por teléfono. En estas conversaciones me contaba cómo estaba la familia y la situación de la Isla. En aquella época, teníamos la costumbre de ir a casa de las amistades y también éramos socios del *Rotary Club*.

EM: ¿Cuándo surgió la idea de regresar a la Isla? Si lo recuerda, puede decirnos en qué año y por qué. Recuerde las emociones que vivió al regresar.

GR: Decidimos regresar a La Palma en el año 1984 porque las cosas iban bien y sentimos nostalgia de la Isla que nos vio nacer. Además, mi familia estaba aquí. Recuerdo el reencuentro con mis padres y amigos y la nostalgia que había sentido en Venezuela por todos ellos durante aquellos años.

EM: ¿Cómo fue el viaje de vuelta a la Isla?

GR: El viaje de vuelta fue totalmente distinto, más rápido... porque lo hicimos en avión y con la alegría de volver a ver a mi familia.

EM: ¿Cómo ha sido volver a su Isla? ¿Ha cambiado mucho el lugar dónde nació? Cuéntenos cómo era antes todo y cómo es ahora (su casa, su familia, su municipio...). Cuéntenos, también, cómo fue empezar de nuevo en La Palma (nuevos trabajos, nuevo hogar, reencuentro con los familiares y amigos).

GR: Mi isla ha cambiado mucho a lo largo de los años pero tuve la oportunidad de vivir esos cambios muy de cerca porque han sucedido estando de nuevo en la Isla.

EM: ¿Qué es lo que más añora de allá? ¿Se arrepiente de los años que vivió lejos de La Palma? ¿Lo volvería a hacer?

GR: Sí volvería a hacerlo. Para mí los veinte años que viví en Venezuela fueron los más felices de mi vida junto a mi marido, mis hijos y amigos.

EM: ¿Cómo es su vida actual en la Isla? Cuéntenos lo que quiera de estos años vividos.

GR: Mi vida actual es normal, con algunos de mis hijos en La Palma y otros en otras islas del Archipiélago, rodeada de amigos... feliz, muy feliz.

EM: ¿Qué siente cuando ve cada día la tragedia de los inmigrantes en las pateras? ¿Se identifica con sus circunstancias? ¿Le parece igual o diferente a su historia personal? Cómo cree que es la vida de esos inmigrantes en La Palma.

GR: Siento pena cuando veo la situación de estos inmigrantes, pero no me siento identificada pues las circunstancias e intereses por los que se produjo mi emigración no tienen nada

que ver. Sé que la vida de los inmigrantes no es nada fácil aunque la acogida y la atención que se les dispensa, pienso que es la adecuada.

EM: ¿Y los otros inmigrantes «retornados»? ¿Cree que es fácil o difícil iniciar una nueva vida aquí?

GR: Ellos se buscan la vida y trabajan, sin embargo, yo creo que en la época que emigraron los canarios, se pasó también hambre y necesidad.

EM: Para terminar, ¿quiere contarnos algo más?

GR: Actualmente mantengo relaciones amistosas con personas que dejé en Venezuela, pero también con amistades colombianas, japonesas y de muchas nacionalidades que conocí allí a lo largo de los años. Me gustaría que estas palabras fueran un recuerdo para todas ellas.

Esta obra de *Don Juan Bautista Fierro Van de Walle* (1841-1930) es un dibujo a tinta y acuarela, cuya firma aparece junto a la fecha de su ejecución, **1911**. El interés del autor por lo etnográfico y lo social se plasma en pinturas como ésta, «**Los Indianos**», en la que queda representada la llegada a su terruño amado de un matrimonio de indianos, ahora ricos, y sus dos hijos, recién desembarcados y procedentes del Caribe. Actualmente se custodia en una de las salas del Museo Insular de La Palma, en el *Real Ex-Convento de la Inmaculada Concepción*, por todos conocidos como de *San Francisco* de Santa Cruz de La Palma.

Fuente: José Guillermo Rodríguez Escudero.



RITA NIEVES RODRÍGUEZ CONCEPCIÓN

«Recuerdo que tuve que vender parte de mi dote para costear algunos de los gastos del viaje».



Rita Nieves Rodríguez Concepción nació en la **VILLA Y PUERTO DE TAZACORTE** en el año **1922**. Es la mayor de varios hermanos. No conoció a su padre. Sólo sabe de él que era empleado de una empresa tinerfeña que estuvo durante una temporada por La Palma. Tampoco conoció mucho a sus abuelos.

Su paso por la escuela fue muy breve, pero recuerda que su primera y única maestra fue *D^o María Isabel*, que le enseñó todo lo que sabe. Su madre barría las calles por las noches para sacar adelante a varios hijos. La situación económica de la familia hizo que tuviera que abandonar pronto los estudios para cuidar a sus hermanos pequeños y, en sus propias palabras, *«hacer algún que otro mandadito y sacar algún dinero con el que poder colaborar con la precaria economía familiar»*.

Siendo ya una joven, trabajó al servicio de una casa en Tazacorte. Un tiempo después se casó y tuvo un hijo pero, cuando éste nació, se separó de su marido.

Los dueños de la casa donde trabajó en Tazacorte, conocedores de sus circunstancias, le propusieron que probara suerte en Venezuela, que mucha gente estaba emigrando y les iba muy bien. Además, ellos le prometieron conseguir trabajo allá por medio de unos amigos.

Rita Nieves lo pensó mucho, pero por el futuro de su hijo y del suyo propio decidió

marcharse a Venezuela. La familia para la que trabajaba le ayudó mucho. Le prepararon todos los papeles necesarios para el viaje e incluso, le resolvieron su situación legal con su marido, al que había que pedirle autorización para que ella pudiera abandonar la Isla. *«Recuerdo que tuve que vender parte de mi dote para costear algunos de los gastos del viaje»*.

Dejando a su hijo, que era todavía muy pequeño, a cargo de su familia, tomó un barco hacia Tenerife, desde donde partió para América. La travesía hacia Venezuela la hizo en el barco *«La Churruca»*. La recuerda larga, pero muy agradable, ya que el *«atendimiento»* fue muy bueno.

Viajó sola, con unas referencias para trabajar en una casa en Venezuela, amigos de las personas para las que ella trabajó en Tazacorte. Se portaron muy bien con ella e incluso le dieron dinero para que cogiera un taxi del puerto hasta su nuevo trabajo.

Pasó mucho miedo porque la ciudad le parecía enorme, llena de gente, de edificios y coches. En *Prados del Este*, donde comenzó a trabajar, *«se encontraba el hotel más grande de Venezuela, era una buena zona de gente rica»*.

La dueña de la casa era española, pero su marido era americano. Tenían dos hijos y

recuerda, con alegría, que la recibieron con los brazos abiertos. La trataron muy bien durante los casi 40 años que estuvo en Venezuela. La casa era muy grande y ella era la encargada de la cocina. Pero, a pesar de encontrarse bien y considerarse una privilegiada, extrañaba mucho a su hijo y a los suyos. *«La almohada sabe mucho»*, nos comenta con tristeza.

Se comunicaba con La Palma por carta porque el teléfono en esa época era muy caro y su familia le mandaba fotos de su hijo para que viera cómo iba creciendo.

Años más tarde, —ya su memoria no le permite acordarse muy bien de las fechas—, volvió a La Palma, donde intentó alquilar un local para establecer un negocio, pero no consiguió nada y decidió regresar de nuevo a Venezuela, donde la volvieron a recibir en la misma casa en la que trabajó durante tantos años.

Transcurrido mucho tiempo después, regresa a Tzacorte, ya definitivamente, comprando un terreno en el que se hizo una casa.

No extraña nada de allá y no sabría con seguridad si hoy volvería a hacer lo mismo que hizo siendo joven.

Cuando ve las noticias sobre las pateras, se acuerda de cuando ella se fue buscando un futuro mejor a otras tierras, le da mucha pena y se identifica con todas esas personas que vienen *«en esos barcos destartados, arriesgando su vida por conseguir algo mejor, ¿cómo lo estarán pasando en sus países para hacer algo así?»*.

Cuando le preguntamos cómo es su vida ahora, nos responde: *«Tranquila, como la de cualquier mujer de más de 80 años, con mis achaques, pero bien, con mi familia y en mi casa»*.





TERESA GONZÁLEZ BRITO

«Y yo pensando en mi amor que lo había dejado atrás. Sentía tanta tristeza».

Teresa González Brito nació en Aguatavar, en el municipio de **TIJARAFE** en **1947**.

Recuerda con cariño su infancia, junto a sus hermanos, todos sus familiares y amigos, siempre alegres, corriendo por los caminos... También recuerda cuando trabajaban o cuando estudiaban, levantándose de madrugada para poder jugar un poco antes de ir a la escuela. A su padre siempre lo recuerda en Venezuela, aunque nunca les faltó el cariño de su madre y de su abuela paterna que siempre vivió con ella y sus hermanos.

A los 13 años, marchó a Santa Cruz de La Palma para continuar con sus estudios y allí conoció a quien hoy es su marido.

Cuando cumplió 22 años, aquí no había mucho trabajo y querían casarse, así que decidieron marcharse a Venezuela en busca de un futuro mejor. Como en esa época no se podía ir sino por reclamación de algún familiar, decidieron que ella fuera reclamada por su padre, para después casarse por poderes. *Sentí el dolor de dejar a mi familia y mi Tijarafe querido, aunque siempre pensé regresar a los 2 ó 3 años.*

EQUIPO DE MUJER: Entonces, ¿aún recuerda sus emociones el día que emigró?

TERESA GONZÁLEZ: Emigré a Venezuela. Recuerdo que fue en el año **1970**. El día que

me fui, lloré mucho. Nunca olvidaré las palabras de una prima que me decía que iba buscando un futuro mejor. Yo tenía la ilusión de que así fuera, siempre pensando en regresar.

EM: ¿Podría contarnos cómo fue ese viaje? (cuánto duró, cómo fue la travesía) ¿Recuerda alguna anécdota que sucediera durante el viaje? (gente que conoció, sucesos e historias).

TG: El viaje fue muy triste. Ese día no entró el avión en La Palma, así que tuve que irme en barco a Tenerife. Por primera vez en mi vida, viajé en avión a Gran Canaria y de allí a Venezuela, haciendo escala en Puerto Rico. El viaje duró 8 horas aproximadamente. Recuerdo que iban varias muchachas casadas por poderes y cuando el barco se aproximaba a Venezuela se arreglaban mucho porque allí les esperaban sus maridos... Y yo pensando en mi amor que lo había dejado atrás, me daba tristeza pensarlo.

EM: ¿Recuerda el día que llegó a su destino? ¿Cómo se sintió? ¿Tenía miedo, alegría, tristeza, ilusión? Recuerde cómo era la ciudad y la casa a la que llegó.

TG: El 20 de febrero de 1970 llegué a mi destino. Me sentí alegre por encontrarme con mi padre y dos hermanos, pero al mismo tiempo triste por todo lo que había dejado atrás. Todo eso me daba fuerzas para trabajar

e ilusión para regresar lo antes posible. Fui a vivir a casa de los suegros de mi hermano, que fueron como unos padres para mí. Era un pueblo pequeño con gente muy buena.

EM: ¿Cómo empezó la nueva vida? (nuevos trabajos, amigos y familiares que tenía allí). Cuéntenos cómo fueron los primeros días.

TG: Lo primero que hice fue arreglar los papeles para casarme por poderes y reclamar a mi esposo. A los cuatro meses ya estábamos juntos. Al principio se pasa mal porque todo es diferente. Incluso un mismo idioma, a veces, ... es difícil de comprender.

EM: Puede contarnos cómo recuerda los años que vivieron allí (sus emociones por la lejanía, si tuvo hijos, recuerdos que llegaban de La Palma, noticias que recibía desde aquí...) ¿Recuerda cómo era la sociedad de aquella época comparada con la de La Palma?

TG: En octubre de 1970 empecé a trabajar dando clase en un Instituto y allí estuve trabajando 25 años hasta que regresé. Mis amistades, compañeros y compañeras de trabajo eran maravillosos. **Venezuela también me dio un tesoro inigualable, mis cuatro hijos.**

EM: ¿Cuándo surgió la idea de regresar a la Isla? Si lo recuerda, puede decirnos en qué

año y por qué. Recuerde las emociones que vivió al regresar.

TG: Siempre tuve la idea de regresar. En el año 1991 ya estaba decidida, aunque tuve que esperar hasta 1995.

EM: ¿Cómo fue el viaje de vuelta a la Isla? (anécdotas de ese viaje, gente que conoció, los sentimientos que tenía por el regreso).

TG: Mi regreso me llenaba de felicidad. Estaba muy alegre porque aquí estaba ya mi marido y los dos hijos mayores. Cuando llegué a La Palma lloré de alegría, pero esa emoción es muy difícil de describir. Lo primero que hice fue ir a ver a la Virgen de Las Nieves.

EM: ¿Cómo ha sido volver a su Isla? ¿Ha cambiado mucho el lugar dónde nació? Cuéntenos cómo era antes todo y cómo es ahora (su casa, su familia, su pueblo...) Cuéntenos, también, cómo fue empezar de nuevo en La Palma (nuevos trabajos, nuevo hogar, reencontro con los familiares y amigos).

TG: Volver a La Palma fue muy emocionante. No alcanzaría el papel para enumerar la cantidad de cosas que cambiaron en ese tiempo en Tijarafe. Empezar de nuevo en La Palma fue un poco complejo porque todo era tan



distinto... Fue un cambio muy brusco para mí después de 25 años.

EM: ¿Qué es lo que más añora de allá? ¿Se arrepiente de los años que vivió lejos de La Palma? ¿Lo volvería a hacer?.

TG: Lo que más recuerdo son las amistades. No me arrepiento de los años que viví lejos porque fue una experiencia nueva y muy bonita, aunque quizá hoy no lo volvería a hacer; no lo sé.

EM: ¿Cómo es su vida actual en la Isla? Cuéntenos lo que quiera de estos años vividos.

TG: Una vida normal, con ilusiones y ganas de hacer cosas disfrutando de la familia y los amigos.

EM: ¿Qué siente cuando ve cada día la tragedia de los inmigrantes en las pateras? ¿Se identifica con sus circunstancias? ¿Le parece igual o diferente a su historia personal? Có-

mo cree que es la vida de esos inmigrantes en La Palma.

TG: Mucha tristeza ver los riesgos que corren buscando una vida mejor. Yo no me identifico con ellos porque fui emigrante en otras condiciones.

EM: ¿Y los otros inmigrantes «retornados»? ¿Cree que es fácil o difícil iniciar una nueva vida aquí?

TG: Creo que es un poco difícil, ya que tienen que comenzar de nuevo y eso sólo, ya es muy difícil.

EM: Para terminar, ¿quiere contarnos algo más?

TG: Sí, yo tuve la gran suerte de vivir en varios sitios y los vecinos que tuve siempre, siempre fueron maravillosos y los recuerdo con muchísimo cariño.

Misiva. Archivo de Fotografía Histórica de Canarias-FEDAC/Cabildo de Gran Canaria





DOLOR

Quisiera esta tarde divina de octubre
pasear por la orilla lejana del mar;
que la arena de oro, y las aguas verdes,
y los cielos puros me vieran pasar:

Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
como una romana, para concordar
con las grandes olas, y las rocas muertas
y las anchas playas que ciñen el mar.

Con el paso lento, y los ojos fríos
y la boca muda, dejarme llevar;
ver cómo se rompen las olas azules
contra los granitos y no parpadear;

ver cómo las aves rapaces se comen
los peces pequeños y no despertar;
**pensar que pudieran las frágiles barcas
hundirse en las aguas y no suspirar;**

**ver que se adelanta, la garganta al aire,
el hombre más bello, no desear amar...**

Perder la mirada, distraídamente,
perderla y que nunca la vuelva a encontrar:
y, figura erguida, entre cielo y playa,
sentirme el olvido perenne del mar.

Alfonsina Storni (1892-1938)



Ayuntamiento de
Santa Cruz de La Palma



Ayuntamiento de
Breña Baja



Ayuntamiento de
Breña Alta



Ayuntamiento de
Villa de Mazo



Ayuntamiento de
Fuencaliente



Ayuntamiento de
Villa y Puerto de Tazacorte



Ayuntamiento de
Los Llanos de Aridane



Ayuntamiento de
El Paso



Ayuntamiento de
Tijarafe



Ayuntamiento de
Puntagorda



Ayuntamiento de
Garafía



Ayuntamiento de
Barlovento



Ayuntamiento de
San Andrés y Sauces



Ayuntamiento de
Puntallana